

louis g. milk

MI HERMANO EXTRATERRESTRE

Mi hermano extraterrestre

LOUIS G. MILK

Mi hermano extraterrestre

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oras, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

PORTADA: R. CORTIELLA

Primera edición - octubre de 1972

Depósito Legal B. 39443-1972

Printed in Spain - impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

Capítulo primero

Confieso muy sinceramente que jamás había esperado recibir aquel mensaje. Yo creía que todo marchaba bien en Wawur, pero, de repente, el espacio-grama que tenía en las manos venía a demostrarme todo lo contrario.

El mensaje, aparte de la dirección del destinatario y demás datos reglamentarios, sólo contenía una palabra. Una palabra no terrestre, cuyo significado escaparía a todo el mundo, menos a mí, naturalmente. Puedo asegurar, sin temor a errar, que sólo dos personas conocíamos el significado de la clave: el autor del mensaje y yo.

La palabra era *Jahvivuv*. Cuando la vi ante mis ojos, creí que sus letras eran de fuego.

Jahvivuv trajo a mi mente melancólicas añoranzas de tiempos idos; peligrosas aventuras y arriesgadas peripecias, corridas unas y otras en unión del autor del mensaje, Ypshanor, durante muchos días, hasta que, al fin, conseguimos que, para decirlo con una frase terrestre, pudiera sentarse en el trono de Wawur.

En idioma wawuriano, por supuesto, no se dice así; más bien podría definirse como que alcanzó la jefatura del planeta; pero estos son matices que atañen poco al auténtico fondo de la cuestión. El acaso era que Ypshanor estaba en un apuro y que me pedía ayuda.

Porque, al despedirnos, habíamos convenido en que, si un día, algunos de los dos se encontraba en una situación crítica o necesitaba ayuda, debería pedirla al otro, mediante una clave convenida en el momento de separarnos. *Jahvivuv* no era propiamente idioma wawuriano, sino más bien un antiguo dialecto, ya prácticamente extinguido y que muy pocos en aquel planeta conocían actualmente. Pero el autor del mensaje y yo sí conocíamos su significado: «Hermano ven».

Muchos siglos atrás, *Jahvivuv* había sido una especie de grito de guerra en aquella lengua ya muerta. Ahora volvía a serlo para mí y la lectura de aquella sola palabra traía a mi mente recuerdos imperecederos: emboscadas, feroces combates a muerte, trampas políticas... y también alegres veladas con mujeres hermosas.

Pero todo aquello había pasado hacía ya muchísimo tiempo. Tanto, que a veces yo pensaba que lo había soñado o que, incluso, había sucedido en una época remotísima. Porque, lo crean o no, la ascensión de Ypshanor a la jefatura de Wawur se había producido nada menos que cuarenta y siete años antes de que yo recibiera su llamada de socorro.

¡Cuarenta y siete años! Casi medio siglo. Antiguamente, toda una vida.

Hoy, un cuarto de la existencia humana normal. Cuando corrí todas aquellas aventuras junto con Ypshanor, yo contaba treinta y un años. Calculen ustedes mismos, pues, cuál es mi edad actual.

Ypshanor pedía ayuda a un hombre de setenta y ocho años. Parece cosa de risa, ¿verdad?

Claro que, con los actuales adelantos de la ciencia, setenta y ocho años actuales parecen cuarenta y cinco o cincuenta de hace un siglo. Pero aunque me encontrase fuerte y relativamente ágil, los años siempre pesan... y, a decir verdad, mis fuerzas ya no eran las mismas que medio siglo antes.

Pero cuando un hermano pide ayuda, es preciso concedérsela, sin mirar las fuerzas propias o ajenas. Ypshanor, al cabo de cuarenta y siete años, necesitaba de mí y yo no podía desoír su llamada.

Me pregunté qué habría sido de la bella Hyria, su esposa, «cazada», así puede decirse, en una excursión a la tierra de los feroces salvajes que habitaban los Ríos Tsan. Primero capturó a la doncella, luego la domesticó y, finalmente, gracias a tal enlace, consiguió la sumisión de las indómitas tribus que habitaban la tierra tsanita. Fue todo un acto político... y puedo asegurar que en Wawur no se había conocido jamás una reina tan hermosa como Hyria.

Luego, el tiempo y la distancia habían espaciado nuestros contactos epistolares hasta hacerlos prácticamente inexistentes. Pero ello no había menguado nuestro mutuo afecto. Ypshanor había pronunciado el antiguo grito de guerra wawuriano y yo debía acudir a la llamada.

¿Con setenta y ocho años a las espaldas?

* * *

Primero fue un reportero de una modesta cadena de TV. Lo negué, naturalmente, mientras daba a todos los diablos, preguntándome cómo podía haber llegado a conocimiento de aquel sujeto la llamada de mi amigo. Luego un conocido periodista, que me interrogó sobre el tema, recibiendo la misma respuesta que el otro.

Pero diarios, de papel o televisados, además de emisiones especiales empezaron a airear el tema más de lo conveniente. Por supuesto, no afirmaban nada; no podían hacerlo, puesto que no tenían confirmación oficial del interesado. Eran sólo rumores, comentarios...

Tales rumores y comentarios venían a decir, más o menos, lo mismo:

Se dice que, en breve, el doctor Ray Gitton partirá hacia Wawur, donde han sido requeridos sus servicios por Ypshanor I, rey-jefe de aquel planeta. El Dr. Gitton, hace cuarenta y siete

años, fue elemento importantísimo en las incidencias políticas que culminaron con el nombramiento de Ypshanor como rey-jefe de Wawur, quien, a buen seguro, sin la ayuda del Dr. Gitton, no hubiera conseguido su actual puesto preeminente. Al parecer, en la actualidad, Ypshanor I se encuentra en serias dificultades, debido a problemas políticos de orden interno, y que ha requerido los servicios del aludido Dr. Gitton, como asesor y consejero...

La cosa estaba armando ya demasiado ruido. Yo me preguntaba cómo había podido llegar a ser de conocimiento público. Pero, aunque lo negase tajantemente, ya no podría evitar el estridor de la noticia.

Entonces me puse a reflexionar. Y después de mucho pensarlo, llegué a la conclusión de que el motivo de que el secreto de la llamada hubiera dejado de serlo, se debía, sin duda, a los enemigos políticos de Ypshanor.

¿Por qué no seguirles el juego?, me dije.

Y convoqué una rueda de prensa.

Ya se sabe: periodistas, fotógrafos y cámaras de cine y T. V.

Empezaron las preguntas:

— Doctor Gitton, ¿es cierto que se desplaza usted a Wawur para ocupar el puesto de consejero político de Ypshanor I?

Yo:

— Ypshanor I necesita muy pocos consejos; en todo caso, es lo suficientemente inteligente para darlos a todo el que se los pida.

— Entonces, ¿por qué ese viaje, doctor? —preguntó otro.

— ¿Es que en este mundo de hoy día no puede viajar uno sin que todos los periodistas y cámaras de T. V. le pregunten por los motivos de ese viaje?

— Doctor, no irá usted a decir que se trata solamente de un viaje científico.

— Claro que no; se trata de un viaje de recreo.

— Elude muy bien las respuestas concretas, profesor. Defínase mejor se lo ruego.

— Voy a Wawur, es todo lo que puedo decir, caballeros.

— Doctor, ¿es cierto que Ypshanor le confirió a usted un título nobiliario una vez que llegó a rey-jefe de Wawur?

— Simplemente, el de hermano.

— ¿Qué sabe usted de los problemas políticos de Wawur?

— Los conozco tan bien como los de la Tierra: es decir los desconozco por completo.

— Pero usted viaja a Wawur...

— Hace cuarenta y siete años que no nos vemos. ¿No le parece que es hora ya de que dos viejos amigos se reúnan para recordar tiempos pasados

y contarse mutuamente lo que han hecho durante este casi medio siglo de separación?

— Entonces, su viaje no es por motivos políticos.

— Ustedes desorbitan las cosas. Muchos terrestres viajan continuamente a Wawur. Nadie les hace las preguntas que ustedes me están haciendo.

— Usted es distinto, doctor; tuvo parte importante en la ascensión de Ypshanor al trono de Wawur. Nadie creerá que es un viaje simplemente amistoso.

Otro periodista:

— Se dice por ahí que el Secretario de Negocios Extraterrestre le ha encargado una misión estrictamente confidencial. ¿Qué hay de ello, doctor?

Yo, sonriendo:

— Si se trata de una misión estrictamente confidencial, mal podría comunicárselo a ustedes, caballeros. Y en cuanto al que declaró antes que nadie creería que mi viaje era simplemente amistoso, le diré que no tengo por costumbre forzar la voluntad de nadie en cuanto a sus propias opiniones.

— En resumen, doctor, lo único que hemos sacado en limpio es que viaja a Wawur.

— Exactamente.

— ¿Cuándo? ¿Puede precisar el momento de su partida?

— Todavía no lo he determinado. Ni siquiera he solicitado pasaje en una astronave de línea, de las que cubren el trayecto regular Tierra Wawur y viceversa. Estoy un poco pachucho en los últimos tiempos y antes de emprender el viaje iré a tomar las aguas en el balneario de Khar-Hatmarú.

Incredulidad entre los periodistas.

Yo, sin dejar de sonreír:

— Sí, caballeros, la medicina actual tiene muchas ventajas, pero sus practicantes olvidan infinidad de veces los viejos métodos que, en gran número de ocasiones, se revelaban altamente eficaces. Dos semanas en el balneario de Khar-Hatmarú me dejarán como nuevo.

— Usted es también médico...

— Cierto, aunque no ejerzo desde hace muchísimos años. Mis actividades se desarrollaron a partir de los cuarenta años en campos muy distintos de los de la medicina. Pero sé que las aguas de Khar-Hatmarú me sentarán estupendamente.

Sonaron algunas risitas. Uno de los asistentes no reía.

Ya me había fijado en él. Era un tipo de cara afilada y piel extrañamente blanca, lo mismo que su pelo. Un albino, en suma.

Pero, al contrario de los albinos, no tenía los ojos de color rosado, sino de un tono tan gris metálico que me impresionó mucho. Yo sabía muy bien

qué clase de hombres tenían los ojos de aquel color.

El hombre de los ojos de acero tampoco me había hecho ninguna pregunta. Para mí, no resultó difícil suponer que pertenecía, sin duda, al personal de la Embajada de Wawur en la Tierra.

Y su presencia en la rueda de prensa no obedecía meramente a curiosidad personal, sino que había en ello otros motivos, ciertamente nada agradables para mi futuro.

Uno se alzó y separé mi atención del hombre de los ojos de acero.

— Doctor Gitton, ¿es cierto que el Subjefe Voivoda Behod/uz/Fronz se ha levantado en armas contra Ypshanor I? — preguntó el periodista.

— No tengo el honor de conocer al Voivoda Behod/uz/Fronz ni tampoco sé de una rebelión armada contra mi hermano. Y, caballeros, creo que ya he dicho cuanto tenía que decirles — finalicé así la rueda de prensa.

El hombre de los ojos de acero fue el último en abandonar la estancia donde me había reunido con los periodistas. Entonces, y antes de salir, se me acercó y dijo:

— Doctor, no vaya a Wawur.

Nos miramos fijamente durante unos segundos. Yo le pregunté:

— ¿Quién es usted, por favor?

— Mi nombre poco importa, doctor. Importa mucho más que siga mi consejo.

— Hubo un tiempo en que alguien me llamó el «Muelle», no porque fuese un tipo dado a la vida blanda y fácil, sino porque me compararon con un muelle auténtico. Cuanto más se le comprime, tanta más fuerza ejerce en sentido contrario al soltarlo, usted ya me entiende, amigo mío.

— Es una respuesta clarísima —. El hombre de los ojos de acero se inclinó —. Adiós, doctor.

Y muy preocupado, porque las palabras de aquel sujeto encerraban una latente amenaza que hubiera sido tonto desconocer.

Capítulo II

El balneario de Khar-Hatmarú tenía una sección destinada especialmente al rejuvenecimiento físico de los clientes. Solicité plaza, aceptaron mi demanda e hice un giro monetario, adelantado el importe de quince días de estancia.

El administrador del balneario me hizo saber que cuatro días más tarde podría ocupar mi habitación. Una vez en posesión de estos datos, hice una llamada a un buen amigo.

— Soy Gitton — dije, a través del videófono.

— Te estoy viendo — me contestó el doctor Ramírez —. ¿Qué quieres de mí?

— Una de tus U. A. R., Pedro.

— ¿Sólo eso? — rió mi amigo —. ¿Por qué no me pides también un pedacito de la Luna, Ray?

— ¿Cuánto vale una U. A. R., Pedro? — pregunté, impasible.

— Hombre, si te pones así...

— Me pongo, me pongo —dije con sorna.

— Pero, ¿una U. A. R., para tí solo?

— Justamente, Pedro.

Los dedos de mi amigo tambalearon sobre la mesa.

— Bueno, por ser para ti... Hombre, el dinero, con un tipo como tú, no cuenta — rezongó —. Es que ahora ando un poco apurado y...

— Retrasa la admisión de clientes. A ellos no les importa esperar seis meses o un año. Tienen tiempo de sobra, cosa que me falta a mí.

— Ya entiendo. El asunto de Wawur, ¿eh?

— Exacto, Pedro.

— ¿Cuántos años quieres quitarte de encima, Ray?

— Cincuenta, ni uno menos.

— Muy bien, pero te haré una advertencia previa. Luego, tú tomarás la decisión correspondiente.

— O. K., Pedro. Adelante.

— Mi consejo sería que esperases treinta años más para usar la U. A. R. Al bordear el siglo de edad, retrocederías a los cincuenta sin dificultad y vivirías cómodamente otros cincuenta más, es decir ciento cincuenta en total. Pero si lo haces ahora, pierdes treinta años... ¡porque no se puede usar la U. A. R., por segunda vez!

— Sólo una vez, ya lo sé..., pero un amigo merece que se le entreguen treinta años de vida, Pedro.

— Si yo fuese Ypshanor, me sentiría orgulloso de ti, Ray — declaró

Ramírez —. Está bien, te enviaré la U. A. R...

— Aguarda un momento, —corté—. Puesto que ya cuento con ella, que era lo que más me importaba, tendré que pedirte el segundo favor. No la envíes a mi casa. He de darte determinadas instrucciones, con respecto a esa U. A. R., que espero sigas al pie de la letra.

* * *

Tenía un poco de reuma en la pierna derecha y ello hacía que, en ocasiones, me viera obligado a usar bastón para caminar. Pero no era un bastón común, claro; aunque, si era necesario, se podían medir muy bien las costillas de algún sinvergüenza.

Había aceras deslizantes, por supuesto, y también aeromóviles, propulsados por motores antigravedad. Pero yo preferí ir a pie, puesto que la tienda a la que me dirigía estaba a menos de un kilómetro de mi casa.

El dueño de la tienda era un sujeto astuto y socarrón llamado Jim Smith. Al menos, era el nombre que usaba en su actual época de hombre honrado. Años atrás, había empleado, por lo menos, una docena de nombres distintos.

Entre los distintos «trabajos» a que J. S. se había entregado en el pasado figuraba la de falsificador de moneda. Era, además de un excelente grabador, un buen escultor, pero también bastante gandul, por lo que prefería bostezar tras un mostrador a empuñar el buril o el cincel.

El negocio, por otra parte, le permitía vivir con holgura. Cuando me vio aparecer por su establecimiento, J. S. se sintió muy sorprendido de mi visita.

— No me diga que el sirviente que le envié hace meses se ha estropeado, doctor — exclamó J. S. tras los primeros saludos —. Era el mejor artefacto de la Mecánica Mundial de Sirvientes y Acompañantes...

— El artefacto que te compré se encuentra en magníficas condiciones de uso, Jim — repliqué —. Ahora quiero encargarte otro.

— Si tiene dos sirvientes, pagará un impuesto de locura, doctor. Usted conoce las leyes al respecto, me parece.

— Claro que sí, Jim, sólo que yo no lo quiero como sirviente.

— Entonces...

J. S. parecía desconcertado. Yo le expliqué mis intenciones.

— No — dijo J. S. como un escopetazo, apenas hube acabado de hablar.

Mi talonario de cheques cayó sobre su mesa de despacho.

— Escribe tú mismo la cifra, Jim — indiqué.

— Es usted directo, ¿eh, doctor? Creo que hace años le llamaban «El Rápido» o algo por el estilo.

— Algunos me decían cosas peores, Jim — sonreí.

J. S. saltó en su asiento.

— ¿Qué plazo me concede, doctor? — preguntó al fin.

— Veinticuatro horas...

J. S. saltó en su asiento.

— Es un disparate — gritó —. No tengo tiempo material, doctor, y usted lo sabe mejor que nadie.

— Tienes un talonario de cheques sobre la mesa — dije, inflexible.

— Está bien — cedió J. S. finalmente —. Pero, aun así, el artefacto no podrá...

Otra cosa fue a parar delante de mi interlocutor.

— Ahí está la cinta grabada con los datos más importantes de mi vida — indiqué —. Es justo lo que necesitas para completar el artefacto.

J. S. sonrió de lado.

— Sí, es usted rápido, doctor — insistió —. Piensa en todo y... Oiga, ¿tiene este asunto relación con su viaje a Wawur?

— ¿A ti, qué te parece, Jim?

J. S. lanzó una fuerte carcajada.

— ¡Qué Dios tenga piedad del alma del Voivoda Fronz! — exclamó.

— Muy enterado estás del asunto, Jim.

— Me gusta la política interplanetaria, doctor —.

J. S. escribió algo en un cheque ya firmado, lo arrancó y se lo metió en el bolsillo —. Trato hecho — concluyó.

Cuando salí a la calle, me encontré a los pocos momentos con una hermosa mujer. Era alta, de pelo oscuro y cuerpo arrogante, vestida con singular audacia. Claro que tenía motivos sobrados para lucir su anatomía.

Ella me miró y sonrió. Yo sonreí también.

— Perdón, caballero — dijo con voz hechicera —, estoy buscando la calle Thrognorton. Soy forastera y no conozco bien la capital...

— La calle Thrognorton está dos manzanas más adelante, a la derecha, señora — indiqué galantemente —. Precisamente yo sigo la misma dirección. Si me permite acompañarla, lo haré con mucho gusto.

— Es usted muy amable, caballero...

— Doctor Gitton, señora —me presenté.

— Yo me llamo Luinia/uz/Luinz — dijo la bella,

— De Wawur — dije.

— ¿Cómo lo sabe? — se sorprendió Luinia.

— El apellido es inconfundible. Sobre todo, si lleva delante la partícula «uz», equivalente al «de» terrestre.

Luinia volvió a reír.

— Muy inteligente, doctor — elogió —. Sí, soy wawuriana y en el momento actual hago un viaje de turismo. Tengo unos amigos a los que

voy a visitar en la calle Thrognorton, pero me había extraviado y por ello me he atrevido a dirigirme a usted.

— De la cual me siento enormemente confiado, señora Luinz.

Seguimos caminando unos cientos de metros más. Nuestra charla versó sobre temas comunes, hasta que avistamos la embocadura de la calle Thrognorton, una vía llena de frondosos árboles, que le proporcionaban un aspecto encantador.

— Aquí es — indiqué.

— Mil gracias, doctor—dijo Luinia—. No me engañaron en Wawur cuando me hablaron de la galantería de los terrestres.

— Hay excepciones, por supuesto — sonreí.

— No usted, doctor, claro. —Luinia me tendió la mano—, He tenido un gran placer en conocerle — manifestó.

Me incliné a besarle la mano.

— El placer y el honor han sido míos, señora Luinz— aseguré.

Y en el momento que me erguía, algo que pinchaba se apoyó en mi costado izquierdo.

— Siga adelante, amigo, junto con la señora — ordenó una voz ronca, de matices poco amistosos.

* * *

Hubo un momento de silencio. Yo contemplaba fijamente los rasgados ojos de Luinia, cuya sonrisa había tomado ahora un tinte burlón.

— Obedézcale, doctor— dijo ella.

Volví la cabeza para mirar un poco al individuo situado a mi izquierda, precisamente el lado de mi pierna reumática.

El tipo ofrecía un aspecto normal, pero la cosa que me pinchaba era un estilete wawuriano, telescópico, capaz de ensartarme como un pollito si su, dueño pulsaba el resorte correspondiente.

— Está bien— dije—. Si no hay otro remedio...

Moví ligeramente mi bastón y apoyé la contera sobre el pie derecho del individuo. Casi en el mismo instante, presioné un botón.

Un muelle se disparó con tremenda fuerza, accionando una aguja triangular de diez o doce centímetros de longitud por casi una de grueso. La aguja traspasó sin dificultad el pie izquierdo del amigo de Luinia, quien, en el acto, olvidado de su estilete, empezó a dar saltos, a la vez que chillaba de dolor.

Era una escena ridícula a la vez que hilarante. Luinia, sin embargo, me miraba estupefacta, sin comprender muy bien lo que había ocurrido.

La calle estaba prácticamente desierta en aquellos momentos. De pronto, Luinia, reaccionando, intentó echar mano a su bolso.

Nuevamente fui el más rápido. El puño de mi bastón le golpeó los nudillos de la mano y sus ojos se llenaron de lágrimas. Luego, sin importarme el hecho de que fuera mujer, golpeé su bello ombligo, que la hechura de su vestido dejaba al descubierto.

Luinia se sentó en el suelo, sin aliento. El otro seguía chillando, sin dejar de dar saltos, agarrándose el pie con las dos manos.

Me incliné sobre el bolso de Luinia, lo abrí y extraje una diminuta pistola, que pasó inmediatamente a mi poder. La pistola disparaba proyectiles instanhipnóticos. A los cinco segundos de haber recibido uno de esos proyectiles, la victima obedecía sin rechistar todas las órdenes del que se lo había disparado.

Yo pensé que Luinia, tal vez, no había usado el arma, por temor a que estuviera yo acondicionado contra un proyectil instanhipnótico y sólo había tratado de usarla cuando vio que fallaba el plan ideado en principio. Pero ya acudía una patrulla policial, atraída por algún curioso que había visto la escena desde lejos.

El estilete yacía aún en el suelo. Me incliné sobre Luinia y la ayude a ponerse en pie.

— Ese tipo quería robar a la señora y yo lo impedí — dije al jefe de la patrulla —. Soy el doctor Gitton —me presenté.

— Le conozco a usted, doctor— sonrió el policía. Su compañero sujetaba ya al amigo de Luinia—. Nos lo llevaremos a la Comisaría. La señora querrá sin duda presentar una denuncia contra este rufián — se dirigió a la wawuriana.

— No es necesario, agente; me basta con que el doctor haya evitado el robo — dijo al cabo.

— De todas formas, señora, debe acompañamos para firmar una declaración sobre lo ocurrido — insistió el policía.

Luinia y su compinche fueron a parar al vehículo policial. Cuando entraban en el aparato, ella se volvió y me dirigió una mirada de cólera.

Yo agité la mano a la vez que sonreía. Tengo la seguridad de que en aquellos momentos, se estaba dando a todos los diablos.

Wawurianos, por supuesto, que dicen son mucho peores que los terrestres.

Capítulo III

La vida en el balneario de Khar-Hatmarú era plácida, relajante... Había aguas sulfuradas-bicarbonatadas-cloradas-sódicas, etcétera. Para beber y para bañarse, y también había lodos curativos.

Al siguiente día de mi llegada al balneario, una atractiva enfermera entró en mi habitación.

— Es la hora de su primer baño, doctor — dijo la chica.

Y se metió en el cuarto de baño, mientras yo me preparaba adecuadamente para la operación.

Escuche el ruido del agua al caer en la amplia bañera, una pileta de tres por seis metros, en la que se podían hacer algunos ejercicios natatorios en un agua de 24°. Era lo que yo necesitaba para el reuma de mi pierna.

Al cabo de unos minutos, la chica me llamó:

— ¡El baño está listo, doctor!

Vestido con un breve pantaloncito, entré en el cuarto de baño. La enfermera debía vigilarme durante la sesión hidroterápica.

Sin vacilar, entré, en la pileta y me tendí en el agua Casi en el acto, el ácido que sustituía al agua de manantial empezó a disolverme.

La enfermera me contemplaba con mucha atención. De pronto, vio que se disolvía la capa externa de plástico que tan bien simulaba una epidermis humana, vio las primeras piezas de metal, que resultaban insolubles en el ácido, y lanzó un formidable chillido:

— ¡ES UN ROBOT!

— Sí, soy un robot — dijo yo; y ya no pude seguir hablando, porque el líquido produjo un par de contactos entre algunos de los conductores eléctricos de mi «organismo», saltaron unas cuantas chispas y me «fundí».

La enfermera salió a todo correr, lanzando unos gritos fenomenales.

— ¡Era un robot! ¡Los robots vienen a tomar las aguas al balneario! ¡Era un robot!

Un par de clientes del balneario oyeron sus alaridos y, curiosos, entraron en mi habitación a ver qué sucedía. Uno de ellos era una empingorotada señora quien, presa de una invencible curiosidad, se asomó al cuarto de baño y divisó dentro de aquel ácido transparente un montón de hierros y cables en estado de total quietud.

— ¡Qué vergüenza! — exclamó —. No sé adonde vamos a ir a parar en estos tiempos. Si hasta los robots vienen a tomar las aguas del balneario, ¿qué haremos los humanos?

Mientras, la enloquecida enfermera había sido capturada por personal del establecimiento. Su vistoso uniforme fue sustituido por una poco

agradable pero efectiva camisa de fuerza y apartada con gran apresuramiento de la vista y el oído de los huéspedes del balneario. Ella, a su vez, se convirtió en huésped de otro establecimiento, dedicado, naturalmente, a la curación de las dolencias mentales.

* * *

Y yo, entre tanto, viajaba por el espacio en dirección a Wawur y a bordo de mi U. A. R., convenientemente acondicionada y siguiendo una órbita convenientemente trazada para eludir la intercepción de los amigos y esbirros del Voivoda Behod/uz/ Fronz.

La U. A. R. iba dentro de una pequeña astronave sin tripulación, gobernada automáticamente, una vez se le trazó el rumbo adecuado en la programadora de órbitas. Nadie supo el lugar ni el momento de la partida hacia Wawur y de ello me encargué yo, con la ayuda de un par de buenos amigos.

Jim Smith me había procurado el robot, colocándole una cara idéntica a la mía, además de conferir a su anatomía un aspecto igual al mío. La cinta grabada había servido para dar respuestas a las preguntas más corrientes y no despertar sospechas en el balneario.

El robot habría soportado perfectamente la temporada de baños medicinales, pero, naturalmente, no pudo soportar la inmersión en el ácido. Lo mismo habría pasado a cualquier humano, claro.

El doctor Ramírez me había proporcionado la U. A. R., y otro buen amigo, la astronave que me conducía a Wawur. De este modo, pude esquivar los insidiosos ataques de la bella Luinia/uz/Luinz, evidentemente, al servicio del Voivoda Fronz.

Por supuesto, de la inmersión del robot en un baño de ácido me enteré mucho después, pero lo he relatado ahora, por respetar el orden cronológico de los acontecimientos. Pero antes había recibido una advertencia del misterioso sujeto de los ojos color acero y casi a renglón seguido había tenido lugar la «entrevista» con la bella Luinia.

Ello, lógicamente, me había hecho ser precavido y así pude salir de la Tierra sin inconveniente. Que había alguien empeñado en impedir que yo ayudase a mi amigo Ypshanor, estaba fuera de toda duda, lo mismo que trataría de conseguirlo por todos los medios. Así pues, de todo lo sucedido se obtenía una inevitable deducción.

No se trataba ya de decir que Ypshanor estaba en *vavuy* de llamada, sino que en Wawur ocurría algo mucho más grave, un serio conflicto del que yo no tenía la menor idea hasta el momento, y que incluso podía acarrear graves consecuencias al planeta y a sus habitantes.

— ¿Cuál era ese conflicto?

Sólo había una forma de averiguarlo: llegar a Wawur y entrevistarme con Ypshanor.

* * *

Abrí la escotilla de la nave y miré a mi alrededor. Una bocanada de aire fétido hirió mi pituitaria en el acto.

Torcí el gesto. La programación de la órbita de mi nave no había sido demasiado correcta. En lugar de depositarme en las inmediaciones de Wawuria, capital de Wawur, había ido a parar nada menos que a la región de los Ríos Tsan.

Era una extensísima zona pantanosa, de varios centenares de miles de kilómetros cuadrados, cubierta por una vegetación poco menos que impenetrable, y atravesada por varias grandes corrientes de agua, las que, a su vez, se subdividían en infinidad de brazos, que iban a desembocar en un océano de Tyauhuir. Los ríos recibían todos el mismo nombre, Tsan, aunque se diferenciaban por una cifra ordinal, que iba desde el 1 al 7.

La tierra, blanda, esponjosa, y la prácticamente nula pendiente del suelo, provocaban la formación de gigantescos pantanos, habitados por toda suerte de animales, muchos de ellos feroces y de formas inimaginadas en la Tierra. Lógicamente, abundaban las aves y los reptiles y de éstos había algunos cuya mordedura era ponzoñosamente fatal.

Durante unos momentos, me sentí ligeramente desconcertado. En el mejor de los casos y, aunque estuviera en el borde oriental del Río Tsan 1. °, el más próximo a la capital, la distancia era de setecientos kilómetros, aproximadamente. Pero esto era sólo si miraba las cosas con optimismo.

Aunque bien mirado, me dije, la llegada a los pantanos podía ayudarme bastante. Allí podía esconder algo sin que lo viesen mis enemigos, y lo digo así porque lo eran también de Ypshanor.

Una vez tomada la decisión, empecé a trabajar de inmediato. Había medios sobrados en la astronave y en pocos minutos tuve fuera aquella enorme caja de forma semicilíndrica, en cuyo interior había efectuado yo todo el viaje. Una pequeña excavadora me ayudó a abrir un hoyo de cinco por tres por tres y luego cubrí la caja con tierra extraída.

La hierba crecería muy pronto. Además, arrojé ramas y lianas para disimular mi trabajo. Dentro de la caja había un emisor de señales automático, que sólo funcionaría al recibir determinado impulso; así podría encontrarla más adelante con facilidad, cuando volviese a necesitarla.

Estaba a punto de terminar mi trabajo cuando, súbitamente, escuché un ligero ruidito a mis espaldas, como el crujido de una ramita seca al ser

pisada por la extremidad de un ser humano.

El peligro me amenazaba.

* * *

La experiencia adquirida durante mis aventuras en Wawur casi cincuenta años antes me hizo actuar con rapidez relampagueante. Giré en redondo y, al mismo tiempo, me dejé caer a un lado, justo una fracción de segundo antes de que oyera el mortífero silbido de una flecha.

Caí y me levanté en el acto, rebotando como una pelota de goma. Mi atacante estaba a diez pasos de distancia, muy afanado en colocar su segunda flecha en la cuerda de su arco.

Mis movimientos fueron relampagueantes. En tres saltos me planté junto al nativo y, de un violentísimo manotazo, hice saltar el arco de sus manos, antes de que pudiera dispararme un segundo saetazo.

Ella lanzó un agudo chillido de rabia. Era una mujer, en efecto, y mi fulgurante reacción la sorprendió vivamente, hasta el punto de ceder la iniciativa.

Perdió el arco, pero no por ello se resignó a la derrota. Pendiente de su cinturón de piel, llevaba un afilado cuchillo de obsidiana, que sacó para atacarme.

Agarré su mano izquierda. Era muy fuerte, además de ágil, y tenía los músculos endurecidos por una vida de salvajismo y fiereza. Durante unos instantes, nos mantuvimos frente a frente, mirándonos a los ojos.

De pronto, moví mi pierna izquierda. La suya perdió el contacto con el suelo y cayó de espaldas. Yo caí encima de ella, inmovilizándola con mis noventa kilos de peso, aparte de que ya la tenía sujeta por ambas muñecas.

— Quieta — le dije en su idioma.

Ella me miró asombrada. Sus músculos se relajaron un tanto.

— Sabes hablar nuestro idioma. ¿Quién eres? — preguntó.

— ¿Quién eres tú? — inquirí yo.

— Aaryea.

— Aaryea, ¿qué más?

— Sólo eso. Los habitantes de los pantanos no tenemos apellido. ¡Pero suéltame! — exigió, con voz vibrante de furia.

— ¿Para que intentes matarme otra vez?

Aaryea vaciló.

— Te ofrezco la paz — dijo al cabo.

— ¿Eres sincera? — dudé.

— Un tsaniano no miente jamás — respondió ella.

— Eso sí es cierto — concordé.

Y, tras soltar sus muñecas, me puse en pie de un salto, tan ágil, que

Aaryea no pudo contener una expresión de asombro.

— Nunca he visto un hombre como tú — dijo, una vez en pie, mientras se alisaba la tela que cubría sus esbeltas caderas —. Increíblemente ágil, fuerte como un toro de los pantanos...

Lancé una carcajada.

— Algunos de tus paisanos podrían decirte muchas cosas de mí, si te atrevieses a preguntármelo — contesté —. Soy Ray Gitton.

Aaryea me contempló en silencio durante unos instantes. Yo la examiné a mi vez.

Era una muchacha alta, muy fuerte, de senos redondos y firmes, pelo rojizo y facciones regulares y muy atractivas. Iba vestida con la sucinta indumentaria de las mujeres tsanianas: un breve sujetador de fibra y unos pantalones del mismo material, con adornos de piel de leopardo gigante de los pantanos. Tenía la piel tostada por la continua vida al aire libre y sus pupilas tenían una atractiva coloración verdosa.

De haber sido más baja, habría parecido un Hércules femenino de feria, pero su misma estatura le confería una singular esbeltez anatómica, Su edad, calculé, oscilaba entre los veintidós y veinticuatro años.

— Imposible— dijo al cabo—. He oído hablar de Ray Gitton; los ancianos de la tribu mencionan su nombre algunas veces y hablan de sus hazañas. Pero Ray Gitton está en la Tierra y, además, tiene ochenta años.

— Eso sí es verdad — admití, con una risita —. Tengo ochenta años, pero soy el mismo que, hace casi cincuenta, ayudé a Ypshanor a establecer un pacto de amistad eterna con los habitantes de los Ríos.

— En todo caso, debes de ser el hijo de Ray...

— Soy soltero, nunca me casé — respondí.

— Los tsanianos detestamos la mentira— exclamó Aaryea, colérica.

Me encogí de hombros.

Lo siento, pero no puedo darte más explicaciones por ahora — manifesté—. Quizá algún día conozcas la verdad, Aaryea.

— No me interesa— dijo, arisca—. ¿A que has venido a Wawur?

— Tu rey-jefe me ha llamado. Está en peligro. Mi deber es ayudarle.

— No he oído que le pase nada malo a Ypshanor.

— Tampoco yo sé exactamente qué es lo que le sucede, pero estoy aquí. ¿Ibas de caza cuando me sorprendiste?

— Sí. Mi padre murió hace un par de años y mi madre está gravemente enferma. Necesita carne y caldo.

El sentimiento familiar estaba muy arraigado entre los tsanianos. Me preocuparon las palabras de Aaryea. Un tsaniano podía morir ahogado, devorado por una fiera o a consecuencia de la mordedura de algún reptil venenoso, pero las enfermedades eran muy raras en un pueblo inmunizado a fuerza de vivir en los pantanos durante siglos.

— Explícame lo que tiene tu madre — solicité.

Aaryea lo hizo así. Reflexioné unos momentos.

— Aguarda un poco — dije.

Entré en la nave y volví a salir a poco, con un tubo en las manos.

— Toma, dile que se tome una pastilla diaria, al anochecer — aconsejé —. Antes de dos semanas, tu madre estará completamente sana y ya no volverá a tener más la enfermedad que ahora la aqueja.

Aaryea me miró asombrada.

— ¿Por qué haces eso? — preguntó —. Yo he intentado darte muerte...

— ¡Eso! — exclamé yo —. Todavía no sé por qué querías matarme, cuando no te había causado el menor daño.

— Tenía mis razones para ello — contestó Aaryea. — Debes saber que...

Pero la bella nativa no pudo continuar.

Cerca de nosotros sonaron voces humanas. Alguien dijo:

— ¡Eh, estamos sobre la buena pista! ¡El detector señala rastros de nativos en las inmediaciones!

Aaryea lanzó una exclamación:

— ¡Los cazadores de tsanianos!

— ¿Cómo? — dije, estupefacto.

Pero ella no me hizo caso; revolviéndose como una pantera, recuperó su arco y el cuchillo y me hizo señales con una mano.

Capítulo IV

— Ven, escóndete — dijo a media voz.

Dudé un momento, pero acabé por correr tras ella. Aaryea saltó al otro lado de unos arbustos y se agazapó junto a los ramajes. Yo me situé a su lado.

— Pero ¿qué diablos pasa? — pregunté, muy bajo.

— Cazan tsanianos, vivos o muertos, es todo lo que sé — respondió Aaryea en el mismo tono —. Pero a mí sólo me cazarán muerta — añadió, con fiera decisión.

Tres hombres aparecieron de pronto en el claro donde yo había aterrizado. Dos de ellos llevaban sendos rifles, accionados por aire comprimido. El compresor iba en mochila a la espalda, unido al arma por un delgado cable flexible. El rifle disponía de un cargador de treinta balas, que se podían disparar una a una o por ráfagas.

Un tercero, si bien iba armado y llevaba el rifle colgado del cuello, tenía en las manos una cajita, con una antena oscilante, cuyas indicaciones se reflejaban en un visor situado en la parte superior del aparato. De pronto, lanzó un agudo grito:

Otro de los cazadores exclamó:

— ¡Eh, salvajes, fuera, con las manos en alto o dispararemos!

El arco de Aaryea actuó en primer lugar.

Era un arma poderosa, a pesar de su relativamente corta longitud. Las puntas de flecha eran de obsidiana, con filos cortantes como navajas de afeitar. El astil medía casi un metro y la flecha podía alcanzar en manos de un hábil tirador, con fuerza suficiente, claro está, un blanco situado a doscientos cincuenta metros de distancia.

El emplumado proyectil voló, casi invisible, hasta la garganta de uno de los cazadores, quien se desplomó en el acto, pateando frenéticamente. Todavía vibraba la cuerda del arco, cuando Aaryea me hizo una indicación:

— Al suelo, Ray.

No hacía falta que me lo dijera; desarmado y delante de aquellos mortíferos rifles, era lo único que podía hacer.

El otro cazador disparó una ráfaga, pero tiró a media altura, con lo que sus balas se perdieron por completo. Un segundo después, Aaryea se puso en pie de un salto y disparó su segunda flecha.

El tercer cazador estaba ya descolgándose su rifle del cuello, cuando el pesado cuchillo de obsidiana voló por los aires, con no menor rapidez y puntería que las flechas. El hombre se desplomó de espaldas, moviéndose con débiles espasmos.

Pero todavía vivía, aunque no sería por mucho rato. Yo abandoné el refugio de los arbustos y corrí hacia él. Me arrodillé a su lado y le miré fijamente.

— ¿Por qué cazáis a los tsanianos? — pregunté.

— Ordenes de... de Rimor Tloo... — contestó el otro con voz desfalleciente.

— Pero ¿por qué? ¿Cuál es el motivo?

La cabeza del cazador se dobló bruscamente a un lado. Detrás de mí, Aaryea dijo:

— Ha muerto.

Era una declaración innecesaria. Me puse en pie y me volví hacia ella.

— ¿Quién es Rimor Tloo? — pregunté —. Estuve aquí hace muchos años y no recuerdo su nombre.

— El gobernador efectivo de Wawuria. Realmente, el título pertenece al Voivoda Fronz, pero lo lleva más bien de un modo puramente decorativo. Tloo es el que podríamos llamar ejecutivo.

— Entiendo. Me hubiera gustado obtener más detalles — dije, un tanto defraudado.

Aaryea se encogió de hombros.

— Alguien vendrá y encontrará los cadáveres de estos tres cazadores manifestó fríamente —. Entonces comprenderán que los tsanianos no nos dejamos cazar con tanta facilidad como ellos creen.

— De eso no me cabe la menor duda. Pero ¿no tomarán represalias contra tu tribu?

— Hasta ahora, los ataques se han efectuado contra individuos o pequeños grupos, nunca contra grandes comunidades. Pero si lo hicieran así, millones de tsanianos avanzarían sobre la capital a sangre y fuego y no dejaríamos piedra sobre piedra — respondió la hermosa Aaryea.

— Y estaría justificado — dije —. Bien, tengo que irme... Aaryea, ¿puedo hacerte una pregunta?

— Si, Ray, lo que quieras.

— Si un día vuelvo por aquí y deseo verte de nuevo o necesito tu ayuda, ¿cómo podría llamarte?

Ella sonrió mientras se descolgaba del cuello un raro silbato hecho de un huecesillo de ave, con extraños aditamentos de metal.

— El sonido no es muy potente, pero alcanza a diez o más kilómetros de distancia. En mi tribu tenemos un gran gong de metal, que amplifica las vibraciones de las llamadas de los cazadores. Silva dos veces, una y cuatro; esa será tu contraseña. ¿Has entendido?

— Perfectamente — sonreí, mientras guardaba el original silbato —. No olvides de administrar la medicina a tu madre, Aaryea.

— Así lo haré, Ray.

Aaryea me tendió la mano. Yo la miré fijamente al fondo de sus bellas pupilas. Ella sonreía de un modo extraño, pero, al mismo tiempo, sumamente atractivo.

Todavía seguía sonriendo cuando mi astronave se elevó en el aire, ahora para efectuar un pequeño viaje subatmosférico.

* * *

Wawuria había cambiado muy poco desde mi última estancia en el planeta. No se podía decir que los wawurianos no poseyesen un acusado sentido del urbanismo; había muy pocas calles angostas y la inmensa mayoría eran hermosas avenidas, flanqueadas por enormes árboles que casi ocultaban los edificios por completo.

Lo cual bien mirado, resultaba una ventaja, porque la arquitectura wawuriana era de líneas más bien pesadas y amazacotadas. Claro que todo esto no interesa demasiado a mis lectores, aunque pienso que conviene un poco, a fin de describir el ambiente local. Aquella pesadez de líneas se debía, sobre todo, a los materiales de construcción, prácticamente el granito en grandes bloques y losas que, eso sí, conferían a los edificios una excepcional solidez.

El tráfico con otros planetas era bastante intenso y no faltaban los hoteles en Wawuria. Yo me alojé en uno de segunda categoría, bajo el nombre de Jean Blois y el pretexto de negocios de importación y exportación.

Estuve descansando casi todo un día entero, es decir la noche y parte de la jornada diurna. No sólo mi llegada a Wawur había sido un poco movida, sino que todavía no me había acostumbrado a mi nuevo estado, después de haber pasado tres semanas sumergido en el interior de una U. A. R. (Unidad Automática de Rejuvenecimiento, ya es hora de que se diga lo que significan esas iniciales).

Al atardecer del segundo día, salí de mi alojamiento y caminé a pie por las calles de la ciudad, en dirección de lo que antiguamente había sido el barrio antiguo. Durante mi estancia en el hotel, no había podido enterarme de la menor noticia de interés sobre la política interior de Wawur.

Al parecer, todo seguía igual, en plena normalidad. Pero si era así, ¿por qué me había llamado mi amigo?

A los pocos minutos, vi pasar una gran carroza tirada por media docena de negros caballos bicornes, que piafaban ruidosamente. Una mujer iba tendida indolentemente en un montón de almohadones de raso verde. La reconocí en el acto.

Era preciso admirar y elogiar la hermosura de Luinia/uz/Luinz. Muchos la saludaban al pasar y ella contestaba con sonrisas y graciosos ademanes

de su blanca mano. El auriga, sentado en el pescante, permanecía impasible. Era un sujeto colosal, de piel amarillenta. Tomé nota del detalle, por si un día me era necesario.

La carroza emprendió la ruta ascendente que conducía a la colina donde estaba la residencia del rey-jefe de Wawur. Me pregunté a qué podía ir Luinia a tales horas a palacio.

Tal vez sería conveniente sostener una entrevista con ella a solas, opiné, mientras empujaba la puerta de una vieja taberna, en la que, medio siglo antes, había consumido más de una copa de excelente vino wawuriano.

En aquellos momentos no había demasiada gente. Me acerqué al mostrador y pedí a la hermosa muchacha que había allí que me sirviera un trago.

Chasqueé la lengua aprobatoriamente después del primer sorbo. Luego miré a la chica y dije:

— Por favor, llame a Haraj. Deseo hablar con él.

Ella me contempló extrañada.

— Mi padre no podrá venir — manifestó —. Está inválido y no sale nunca de su cuarto.

— Lo siento — murmuré —. Ignoraba esa circunstancia y... Por favor — añadí, bajando la voz —, dígale que está aquí Ray Gitton.

La chica me miró asombrada.

— ¿El hijo de Ray Gitton? —exclamó.

— En todo caso, soy hijo de mí mismo — respondí enigmáticamente —. Soy el mismo Gitton de hace cuarenta y siete años, por extraño que pueda parecer. Pero todavía no sé tu nombre, hermosa.

— Sivya — contestó ella —. Pero, ¿qué quiere decir eso que usted es hijo de sí mismo?

— Te lo explicaré en otro momento. Ahora, por favor, anúnciame a tu padre.

— Sí, señor.

Sivya se metió por una puertecita trasera. A los pocos momentos, volvió a salir y señaló aquella puerta con la mano:

— Al fondo, arriba, al final — sonrió.

— Gracias, preciosa.

Capítulo V

Haraj guardó silencio durante un buen rato, mientras yo lo examinaba con toda atención. Pasaron casi diez minutos antes de que me separase del sillón al que su parálisis lo mantenía encadenado.

— No quisiera ofender a la medicina wawuriana, pero sus especialistas no parecen estar a la altura de las circunstancias — dije críticamente —. Tu parálisis no es incurable, Haraj.

— Me das una buena noticia, Ray —contestó el inválido —. De todas formas, ya hay médicos en Wawuria que podrían haberme curado, pero alguien prohibió que me asistieran.

— ¡Asombroso! — exclamé —. ¿Quién es ese sanguinario individuo?

— Tloo, el gobernador. Soy adversario de su política. Quien no se amolda a sus deseos, es hombre perdido en todos los sentidos.

— Entiendo, Haraj. Sin embargo, lo que se me hace muy cuesta arriba aceptar es que Ypshanor permita tal estado de cosas.

Haraj hizo un gesto con la mano.

— Lo permite, es todo lo que puedo decirte — contestó.

— Alguien le obliga, estoy seguro de ello. A sabiendas, Ypshanor no cometería jamás una injusticia.

— Mucho le aprecias, «Rápido» — sonrió Haraj.

— Lo considero como mi hermano. Pero, dime, ¿qué noticias hay sobre política interior en Wawur?

— Todo sigue igual, es cuanto puedo decirte — respondió el inválido.

— Y, sin embargo, algo ocurre —dije—. Ypshanor no me habría llamado con urgencia, de no necesitar de mí. Por otra parte, hay tipos que se dedican a cazar a los tsanianos, tanto vivos como muertos, y ello, me consta, por orden de Tloo. ¿Qué puedes decirme tú al respecto?

— Tus palabras me asombran. No sabía nada al respecto, Ray.

— Estoy viendo que si se ha desarrollado una conspiración contra mi amigo, la están ejecutando con el máximo secreto. Hace muchos años que no tengo noticias de él. Dime, —cómo está su esposa Hyria?

— Hyria murió hace veintidós años. Diez después, se casó con Rhezia, también tsaniana de origen. Tuvieron un hijo varón, quien, presumiblemente, heredará un día el cargo de rey-jefe de Wawur.

— Es decir, el muchacho tiene ahora unos once años.

— Sí, eso es. Pero hace tiempo que está enfermo. No sé qué le pasará, porque no han dado boletines de información en palacio.

— ¿Enfermo? — me extrañé.

— Sí, eso suponga. Rhezanor, así se llama el chico, asiste

habitualmente a un colegio público. Nada de privilegios, es uno más entre los escolares. Pero hace ya varias semanas que no se le ve y sólo se sabe que está gravemente enfermo. Es cuanto puedo decirte, Ray.

— Creo que es suficiente, Haraj — sonreí —. Escucha, mañana sin falta, te entregaré un medicamento que elevará considerablemente el tono general de tu organismo. Dentro de un par de semanas, pasaré a un tratamiento que te volverá a tu antiguo físico.

— Si lo consigues, te lo agradeceré durante toda la vida — contestó Haraj, muy emocionado —. Ray, todavía me acuerdo de tus hazañas.

— Entonces tenía treinta años psicofísicos. Ahora bordeo los ochenta.

— Nadie lo diría, Ray.

— He usado un tratamiento que sólo se puede aplicar una vez en la vida. Podía haber esperado muy bien treinta años más, pero el que no podía esperar era Ypshanor.

— Ya entiendo. Una cosa, Ray.

— ¿Sí, Haraj?

— Ten cuidado con Wu/Ka.

— ¿Quién es Wu/Ka? — pregunté.

— El capitán de los guardias de Tloo. Si pudieras fundir en un solo cuerpo un toro de los pantanos, un leopardo gigante y un constrictosaurio, obtendrías un corderillo... comparado en fiereza con lo que es Wu/Ka.

— Unas frases gráficamente descriptivas — comenté —. Lo tendré en cuenta, Haraj.

— Ayuda a Ypshanor, se lo merece — dijo el inválido.

Abandoné la estancia y llegué a la sala. Había un mozo tras la barra. Sivya vigilaba el negocio. Ahora ya abundaba la clientela.

Sivya era una hermosa muchacha, de formas generosamente contorneadas, aunque, para mi gusto, tal vez un poco baja. Tenía éxito entre sus clientes.

Al verme, abandonó a sus amigos y vino hacia mí.

— ¿Ha resultado interesante la entrevista? — preguntó.

— Muchísimo — contesté —. Aunque estimaría muchísimo más interesante otra entrevista contigo.

— ¿De qué íbamos a tratar, Ray? —preguntó Sivya.

— ¿De qué pueden tratar a solas un hombre y una mujer?

Ella sonrió imperceptiblemente.

— El local se cierra a las doce, hora local — señaló —. Habrá una ventana abierta en la fachada oriental, a las doce y media en punto.

— Esa hora se ha grabado indeleblemente en mi memoria — contesté.

* * *

— No se te notan en absoluto — me dijo Sivya a las tres de la madrugada, mientras se atusaba el pelo ante un espejo.

— ¿Qué es lo que no se me notan? — pregunté.

— Tus ochenta años, claro— contestó riendo, dejándose mordisquear afectuosamente en una oreja.

— A decir verdad, sólo son setenta y ocho, pero temporales. Mi edad física, actualmente, es de veintiocho años.

— Vives en un planeta maravilloso. ¿Cómo se pueden conseguir cosas tan fantásticas?

— El procedimiento sería largo de explicar, hermosa. Ahora bien, lo que sí te diré es que solo se puede aplicar una vez en la vida. A los setenta y ocho años, yo tenía el aspecto correspondiente a un hombre de cincuenta o menos. Entonces, debería haber esperado a los cien, para someterme al tratamiento rejuvenecedor y volver, entonces, a la apariencia de los cuarenta y cinco o cincuenta años. Yo me sentía fuerte y relativamente ágil, pero nunca como un hombre de veintiocho o treinta años.

— Que son los que aparentas ahora.

— Aparento y siento — contesté sonriendo —. Pero, naturalmente, Ypshanor no podía esperar a que yo cumpliese los cien años para someterme a tratamiento en una U. A. R. Su llamada era urgente cariño.

— Ya comprendo. De modo que ese tratamiento no se puede aplicar más que una vez en la vida... ¿Qué sucedería si una persona intentase hacerlo por segunda vez?

— En el mejor de los casos, no ocurriría nada. Pero también podría pasar que sólo saliese un cadáver de la U. A. R.

— O sea, una persona que tenga ahora cien años...

— Viene a sentirse como una de sesenta y cinco o setenta de los tiempos antiguos, debido a nuestros adelantos en materia gerontológica. Entonces, se somete a tratamiento, retrocede hasta los cuarenta y cinco o cincuenta y puede vivir un mínimo de otros cincuenta años.

— ¡Qué planeta! — suspiró Sivya —. ¡Cómo me gustaría vivir allí!

— Acaso algún día se instalen en Wawur unidades automáticas de rejuvenecimiento. Todo depende de la solución de ciertos problemas de orden político..., los cuales, por cierto, desconozco todavía.

— Ypshanor te los explicará, sin duda alguna.

— En eso confío, Sivya.

— Sin embargo, dudo que te reciba.

— ¿Por qué? — inquirí, extrañado —. Antiguamente existía la costumbre de las audiencias reservadas, concedidas sin distinción a cuales quiera que lo solicitasen. Naturalmente, si se trataba de una denuncia, se practicaba la pertinente investigación, pero Ypshanor tenía fijados dos días

a la semana para esa audiencia.

— Siento decepcionarte, Ray — manifestó Sivya—. Hace ya dos meses, por lo menos, que Ypshanor suspendió todas las audiencias. Desde entonces, no ha sido visto en público.

* * *

La explicación que Sivya me dió de tan rara actitud por parte de Ypshanor fue de una enfermedad, que los médicos trataban de sanar. Para mí, estaba bien claro, se trataba de una excusa política.

Contemplé el palacio de mi amigo desde el pie de la colina en cuya cumbre se erguía, en medio de un frondoso parque, en el que abundaban los árboles de gran tamaño. Algunos de dichos árboles alcanzaban cien y más metros de altura.

Comparado con las antiguas residencias reales de la tierra, el palacio era poco más que una cabaña de grandes dimensiones. Eso sí, tenía varios pisos y estaba edificado con sólidos sillares de granito azulado que, a pleno día, le ofrecían una apariencia realmente agradable. Ahora, sin embargo, en plena noche, resultaba una masa tétrica y sombría.

Yo conocía muy bien el ala donde estaban las habitaciones de mi amigo, situadas en el penúltimo piso del edificio, a unos treinta metros del suelo. Me acerqué a la pared y entonces me llevé una enorme sorpresa.

Había un trozo de muro sembrado de afiladas hojas de acero, de unos cuarenta centímetros de largo por cinco o seis de ancho, con la punta ligeramente alzada. Era una faja vertical de diez o doce metros de anchura, que llegaba hasta el borde superior del edificio. La separación entre cada puñal era de unos quince centímetros.

Nadie podía entrar ni salir por aquel lugar. Más arriba, incluso, la zona de puñales se ensanchaba, de modo que ni siquiera quedaba el recurso de la cuerda para trepar junto al muro, que era como yo pensaba entrar en el palacio.

Me mordí los labios unos momentos, indeciso, pensando en la mejor forma de llegar hasta mi amigo. De pronto, reparé en un abeto wawuriano situado a quince metros del muro.

El abeto medía más de setenta metros, de altura. Para lo que yo quería, era suficiente.

Empecé a trepar por sus ramas sin dilación. Llegué a la altura de la ventana deseada y seguí mi ascensión, hasta quedar a una veintena de metros por encima.

La cuerda era larga a propósito. La había llevado así por si mi amigo necesitaba usarla también; en tal caso, cortándola en dos, podríamos escapar ambos al mismo tiempo. Al llegar al punto deseado, la até

fuertemente y luego, sin pensármelo dos veces, me lancé hacia delante.

Mi entrada a través del hueco resultó tan espectacular como ruidosa. Alguien lanzó un chillido y yo me quedé helado de asombro.

Aquel chillido había brotado de una garganta femenina. ¿Se trataba acaso de la esposa tsaniana de Ypshanor?

Una luz se encendió de pronto y una mujer, sentada en un lujoso lecho, apareció ante mis ojos. Estaba cubierta por un liviano camisón, que ocultaba mal sus innegables encantos físicos.

Casi estuve a punto de lanzar un grito de asombro.

¡Era Luinia/uz/Luinz!

Ella me miró atónita.

— ¿Qué hace usted aquí? —gritó.

Pese a la sorpresa que sentía, supe recobrarme rápidamente. Con la mejor de mis sonrisas, hice una profunda reverencia y dije:

— Las veinticinco monedas de oro que he pagado por conocer la ubicación de tu dormitorio, han sido el gasto más productivo de mi vida, hermosa Luinia.

Capítulo VI

Luinia me miró con cara de tonta. Aún no había penetrado en el sentido de mis palabras.

Mientras reaccionaba, me solté de la cuerda y dejé su extremo junto a la ventana. Podía necesitarla para salir del palacio.

— Te vi ayer por la tarde en tu carroza, incomparablemente bella, y en el acto me enamoré de ti — continué en tono fogoso —. No sabía quién eras, pero tampoco me importaba mucho. Si eres casada, mataré a tu esposo... y si no lo eres, hay dos hombres afortunados: el que seguirá viviendo y yo, porque viviré a tu lado a partir de ahora.

Luinia se echó a reír, evidentemente halagada.

— Nunca me habían hablado así —contestó.

— Nunca nadie se había enamorado de ti como yo — aseguré enfáticamente.

— ¿Pero, —cómo...? Esto es algo totalmente insólito...

— Soy terrestre, hermosa Luinia. Los terrestres no somos aficionados a los circunloquios ni a los rodeos. Me he enamorado de ti y basta.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó ella.

— Blois, Jean Blois, comerciante — mentí con todo descaro.

— Y asaltante de dormitorios ajenos.

— Sólo los de las damas hermosas, pero, a partir de ahora, ya no asaltaré ningún otro dormitorio, bella Luinia.

Nuevamente se echó ella a reír. Apartó a un lado las ropas del lecho y se incorporó, colocándose un estrepitoso peinador de tules negros, que la hacía aún más atractiva. Luego se acercó y me miró a un paso de distancia.

— De modo que te has enamorado de mí — dijo.

— ¿Puedes dudarlo? ¿Hay en Wawuria otro hombre capaz de hacer lo que yo he hecho? Eres muy hermosa, Luinia y mucho te amarán..., pero, ¿quién habría corrido todos los riesgos para llegar hasta tu aposento?

— Muy pocos, desde luego — convino ella.

— Ninguno, excepto yo — dije orgullosamente.

Sus párpados se entornaron un poco.

— Jean, diríase que tu cara me es conocida — murmuró de pronto.

— Es la primera vez que estoy en Wawur — mentí.

— Entonces..., se trata de una simple ilusión mía. De modo que te has enamorado de mí.

— Desde el primer momento que te vi en tu carroza tirada por seis caballos bicornes — respondí —. Pregunté quién eras, me dijeron tu

nombre... y pagué veinticinco discos de oro por averiguar dónde estaba tu dormitorio.

— Eres hombre audaz y apasionado, no cabe la menor duda.

— Todavía no te lo he demostrado convincentemente.

— ¿De veras?

Había que probar con hechos mis afirmaciones. Estreché su esbelta cintura y la atraje hacia mí.

— Dentro de unos instantes tendrás la mejor prueba de que no te he mentido — dije, inclinándome para buscar sus labios.

Es preciso reconocer que Luinia, además de sentirse halagada, era mujer que sabía tomarse las cosas por el lado bueno. Otra, en su lugar, hubiera chillado, armado el gran alboroto, los guardias de palacio habrían acudido y... en fin, es fácil figurarse lo que hubiera sucedido. Luinia, a fin de cuentas, era joven —unos treinta años— y de fea no tenía nada, sino todo lo contrario.

Se dejó besar. Pero las cosas no pasaron de ahí, porque, en el momento más tórrido del beso, llamaron a la puerta.

Sin separarnos del todo, ambos miramos instintivamente hacia el origen de los golpes.

En voz muy baja, pregunté:

— No estoy casada — contestó Luinia —. Escóndete tras aquellas cortinas, pronto.

* * *

La puerta se abrió. A través de una de las rendijas pude divisar a dos hombres en el umbral del dormitorio.

— Traigo noticias, señora — dijo uno de ellos.

— ¿Qué sucede, capitán? — preguntó Luinia.

Aquel tipo alto, delgado, de ojos llameantes y labios blanquecinos, ¿era el temible capitán Wu/Ka?

— Su excelencia quiere hablar con usted, señora — manifestó el mismo individuo.

— ¿Ahora mismo?

— Sí, señora.

Luinia torció el gesto.

— Podía haber esperado unas horas. Ni siquiera ha amanecido...

— Las noticias que traigo son muy interesantes y su Excelencia quiere discutir con usted determinados aspectos de la cuestión, señora.

— Está bien — se resignó Luinia —. Iré dentro de cinco minutos.

— Sí, señora.

Wu/Ka y el otro sujeto, el gigantesco conductor de la carroza de Luinia,

indudablemente su guardia de corps, se retiraron. Luinia cerró la puerta y se volvió hacia mí.

— Puedes salir, Jean — indicó.

Aparté las cortinas a un lado. Ella me preguntó:

— ¿Qué has oído, Jean?

— Nada. Parece un asunto de alta política interior de Wawur, pero la política, aquí como en la Tierra o en cualquier otro planeta, no me ha interesado jamás. Me intereso mucho más por las mujeres hermosas... y por los negocios, claro.

Luinia sonrió cálidamente.

— Eres franco y eso me gusta — dijo —. ¿Quieres aguardarme unos minutos, Jean?

— Toda la eternidad, si es preciso — contesté.

Instantes después, me quedaba solo en el dormitorio. Entonces dejé de sonreír yo.

Las habitaciones de aquel ala de palacio habían pertenecido antaño a mi amigo Ypshanor. ¿Por qué no estaba ahora allí?

Me acerqué a la puerta y la entreabrí ligeramente. El gran corredor estaba casi desierto, y digo casi, porque allá, al fondo, divisé a un soldado sentado en una silla, con la cabeza doblada sobre el pecho.

El soldado estaba junto a una puerta, de cuya vigilancia, indudablemente, estaba encargado. ¿A quién se podía vigilar en tales circunstancias?

La respuesta sólo era una. Ya me disponía a salir del dormitorio, cuando, de pronto, un tenue olor hirió mi pituitaria.

Aspiré el aire con fuerza. Bajé la vista y advertí en el suelo una pequeña mancha, cuyo origen me intrigó notablemente.

Arrodillándome, pasé la yema del índice por el lugar manchado y la acerqué luego a mi nariz. El olor era así más penetrante todavía.

Wu/Ka había traído noticias muy interesantes. Venía de alguna parte... y yo sabía su procedencia.

Vacilé un momento, pero dominé la tentación de salir a escape y corrí suavemente a lo largo del ancho pasillo. El centinela no se enteró siquiera de que le ponía bajo la nariz un diminuto «spray» que lanzaba un poderoso narcótico.

Acto seguido, abrí la puerta. Una voz humana sonó en el acto:

— ¿Quién anda ahí? ¿Quién es el desvergonzado que se atreve a entrar sin permiso en el dormitorio de su rey-jefe?

Yo me eché a reír:

— ¿Ypshanor, viejo león, desde cuándo necesito yo permiso para entrar en tus habitaciones privadas? — contesté con tono desenfadado.

* * *

Ypshanor me miraba como si no diera crédito a sus ojos. A su lado, su segunda esposa, cuyo origen tsaniano no se podía negar, me contemplaba no menos atónita.

— Estaban esperándote, sabían que ibas a llegar — dijo Ypshanor —. Te matarán apenas te vean...

— No quieren que te ayude, ¿eh? — dije yo.

— Sólo quieren una cosa: mi abdicación en favor de mi hijo Rhezanor.

— Bueno, ¿es que casi medio siglo de reinado no te ha cansado del oficio?

— Por supuesto, pero no quiero que Rhezanor sea un juguete en las manos de unos desaprensivos. Abdicaré cuando llegue a su mayoría de edad y tenga el discernimiento suficiente para juzgar por sí mismo y no por lo que otros le digan.

— Ya entiendo — contesté —. Y, según he podido colegir, el autor de todo este jaleo es Behod/uz/Fronz.

— Ayudado por algunos desaprensivos como Rimor Tloo, gobernador de la capital, y por su amante Luinia/uz/Luinz. Además de una colección de satélites y de esbirros fieles como perros e incapaces de sentir piedad por nadie.

— Todo esto me parece muy extraño— dije yo—. ¿Qué ventajas podrían obtener de tu abdicación, Ypshanor?

Mi amigo se encogió de hombros.

— También a mí me gustaría saberlo— contesté—. Es más, te diré que incluso si me lo hubieran pedido con buenos modales y yo hubiese visto en ellos honestidad y sinceridad, hubiera abdicado en Rhezanor sin la menor objeción. Pero son déspotas, orgullosos y están llenos de codicia. No puedo entregar mi planeta a los caprichos de una banda semejante.

— En lo cual haces muy bien — elogié.

— Pero no tendrá más remedio que acceder — intervino Rhezia de pronto.

— ¿Por qué? — pregunté.

— Han secuestrado a Rhezanor y no sabemos dónde está— contestó ella.

— Y lo matarán si no firmo el protocolo de abdicación— dijo Ypshanor.

Yo los mire alternativamente durante unos segundos.

— ¿Es eso cierto? — pregunté.

Ypshanor hizo un gesto de asentimiento. Los ojos de Rhezia, muy bella todavía, se llenaron de lágrimas.

— De modo que secuestraron al chico y no se sabe dónde está—

murmuré.

— No quieren decirlo, como es lógico. Todavía tengo muchos fieles y temen que el rescate dé al traste con sus planes.

La yema de mi dedo índice se acercó a mi nariz por segunda vez. El olor, aunque más atenuado, persistía aún.

— Ypshanor, voy a pedirte un favor— dije—. Sigue como hasta ahora, y lo mismo digo de Rhezia. Si mi instinto y mi olfato no me engañan, ya sé dónde está Rhezanor.

— ¿Es posible? —exclamó Rhezia incontenIblemente.

— Por ahora, sólo es una suposición, pero con un noventa y nueve por ciento de posibilidades de acertar— contesté—. Otra cosa, Ypshanor, ¿que has oído de la caza de tsanianos, vivos o muertos?

— Alguna noticia me ha llegado, pero muy vaga. ¿Sabes tú algo al respecto?

— Tloo ha dado la orden, aunque ignoro con qué objeto. De todas formas, lo averiguaré.

— Están asesinando a mi pueblo— dijo Rhezia —. ¿Qué clase de seres sin alma son esos forajidos?

— Pronto no serán nada— respondí sonriendo —. Bien, ahora tengo que irme. Quizá pase algún tiempo antes de que te traiga buenas noticias, pero las traeré Ypshanor. Ambos pueden estar seguros de lo que digo.

La mano de Ypshanor se cerró con fuerza sobre la mía.

— Hermano— dijo, escueta y significativamente.

— Así me considero yo respecto a tí— sonreí.

— Pero te encuentro mucho más joven...

Me he quitado medio siglo de encima con una U. A. R. — expliqué.

— He oído hablar de esas máquinas maravillosas. Aquí no tenemos ninguna, Ray.

— A tu esposa no le hace la menor falta quitarse años. En cuanto a tí..., bien, ya hablaremos de ello cuando haya rescatado a Rhezanor.

— Te deseo la mejor suerte del mundo, Ray. Ya ves, aquí soy un prisionero, en mi propio palacio.

— Pronto volverás a ser un hombre libre — aseguré.

— Ah, Ray, aguarda un momento. ¿Cómo has conseguido entrar en palacio, a pesar de la fuerte vigilancia que hay por todas partes?

— Esa vigilancia es menor de la que ellos mismos creen — dije, riendo. Además, he entablado una buena amistad con cierta persona muy influyente, nada menos que Luinia/uz/Luinz.

Ypshanor abrió la boca.

— ¡No! — dijo, pasmado.

— Adiós— me despedí—. Luinia puede volver a su dormitorio en cualquier momento y no quiero que note mi ausencia.

Me incliné para besar la mano de Rhezia. Luego estreché la de mi amigo y, a continuación, me asomé al corredor.

El centinela continuaba dormido. Yo me deslicé sigilosamente hacia la puerta que daba al dormitorio de Luinia.

Abrí. Con ojos llameantes de cólera y una pistola en la mano, Luinia me aguardaba en el centro de la estancia.

A su lado había dos hombres, Wu/Ka y el conductor de la carroza. Y tampoco me miraban con demasiada simpatía.

Capítulo VII

— Me has engañado —dijo Luinia.

Era inútil fingir. Ya sabía quién era yo.

— ¿Lamentable, no? —contesté en tono intrascendente.

— Ypshanor te llamó para que le ayudaras. No le ayudarás, Ray Gitton.

— ¿Cómo has averiguado mi verdadera identidad? — pregunté.

— Hemos comentado lo que sucedió aquí hace cincuenta años. Había fotografías. Tu cara no es la que tenías en la Tierra.

— Me he rejuvenecido. Entonces, he recobrado el aspecto que tenía medio siglos antes.

— Y sin duda, vienes de hablar con Ypshanor.

— Lo admito —contesté, sin pestañear.

— En tal caso, ya sabes cuál es la suerte que te espera, Ray.

Suspiré.

— Lástima, yo mismo llegué a creer en mis mentiras — dije.

— Eran muy bellas, pero cínicamente falsas —calificó Luinia.

— ¡Miren quién habla de cinismo! ¿Acaso te parece poco tu preeminente posición actual? ¿Todavía quieres más?

— Todavía, en efecto. Pienso llegar aún mucho más arriba, Ray.

— Lo dudo mucho —contesté—. Con Behod pierdes el tiempo.

Luinia arqueó las cejas.

— ¿Por qué dices eso? —preguntó, curiosa.

— Eres ambiciosa y quieres llegar muy alto, de acuerdo. Pero Behod no se ha casado contigo todavía. ¿Por qué no lo ha hecho? La moral actual es amplísima... pero hay cargos públicos en que resulta inevitable cubrir las apariencias. Un primer ministro, por ejemplo, no puede vivir con una mujer de un modo irregular. Tiene que casarse con ella... y por lo que he visto y oído hasta ahora, tú no eres para Behod otra cosa que un bello animal, con el cual se solaza cuando se siente aburrido.

Luinia lanzó un agudo grito de cólera. Resultaba evidente que mis palabras la habían herido en lo más vivo.

— ¡Vas a morir! —chilló en tono descompuesto—. No puedo permitir que nadie me hable así...

— Y esos dos tipos serán mis enterradores, ¿verdad? — contesté, sin perder la calma—. Pero yo, en tu lugar, mediría muy bien mis palabras. Si disparas, morirás, Luinia.

— Estás desarmado, Ray.

— Sí, pero en ese árbol situado frente a la ventana, está situado un buen amigo con un rifle y está viendo todo.

Luinia picó y volvió la cabeza un poco, lo mismo que los otros.

Fue suficiente. Mi manotazo, nada cortés y sí de tremenda potencia, arrancó la pistola de su mano. El arma voló contra el rostro de Wu/Ka, quien se tambaleó, lanzando un rugido de dolor.

Acto seguido, giré un cuarto de vuelta a mi derecha. El gigante quedó frente a mí.

Ya empezaba a salirle tripa y allí fue donde apliqué la puntera de mi bota, sin miramientos de ninguna clase. El conductor se curvó sobre sí mismo, gruñendo de un modo indescriptible.

Wu/Ka empezaba a reaccionar. También estaba armado, pero no le dejé sacar la pistola. Era fuerte, robusto y pesado... pero yo estaba de nuevo en mis poderosos veinte años. Wu/Ka quedó suspendido por mis manos unos instantes sobre mi cabeza y luego salió catapultado con terrorífico impulso.

Los dos hombres rodaron por el suelo, completamente aturdidos. Luinia me miraba con estupefacción.

Yo me acerqué a ella.

— Sí, eres un hermoso animal — insistí.

Protestó, pero de nada le sirvió. Tuvo que dejarse besar y, en el último instante, hasta me pareció que hasta le gustaba.

Luego corrí hacia la ventana. Agarré el extremo de la cuerda y agité una mano.

— Adiós, hermosa — me despedí.

Y acto seguido, suspendido de la cuerda, salté al vacío, de la misma forma que lo hacía un héroe de acción, tres siglos antes, llamado Tarzán de los Monos.

* * *

El olor que sentía ahora era el mismo que había percibido a la llegada de Wu/Ka a las habitaciones de Luinia: olor a pantanos. Claro que cuando uno se acostumbraba, incluso podía parecerle agradable, pero, de todas formas, si un día me pierdo, que no busquen allí.

Tenía el silbato que me había entregado Aaryea. Hice la señal convenida, sorprendiéndome del escaso volumen de sus notas. Pero, más adelante me lo dijeron, aquel silbato emitía, además, ultrasonidos, que herían unas diminutas placas metálicas, situadas convenientemente, transformándose en impulsos mecánicos. Estos impulsos accionaban el mazo del gong de llamada.

Repetí la señal convenida varias veces más. Luego me dediqué a enmascarar la nave con ramaje.

Pasaron dos horas. Yo estaba tumbado en el suelo, al pie de un árbol, y

ya empezaba a dormirme, cuando, de pronto, Aaryea apareció ante mí, como una Diana de los pantanos wawurianos.

Ya me puse en pie de un salto. Ella, con toda sencillez, dijo:

— Me necesitas, Ray.

— Así es —confirmé—. Gracias por haber venido, Aaryea.

— No podía negarme a tu llamada. En mi madre se observa ya una considerable mejoría.

— Lo celebro, Aaryea. Pero... no sé si accederás a lo que voy a pedirte.

— Si no lo dices, no conocerás mi respuesta — sonrió la bella tsaniana.

— Rhezanor ha sido secuestrado. Está en los pantanos. Necesito que me ayudes a rescatarlo.

El tostado rostro de Aaryea expresó un asombro infinito.

— No puedo creerlo —dijo.

— Ypshanor no tiene motivos para mentir a un amigo, al que considera como un hermano —alegué.

— ¿Has hablado con él?

— Sí. Por eso estoy aquí.

— Su mujer es una tsaniana, no de mi tribu, claro, pero sí de mi raza.

Yo me eché a reír.

— Aaryea, me parece que tu raza y la mía se diferencian tanto como un huevo de otro huevo, siempre que sean de la misma ave — comenté.

— Aparte de Ypshanor, es la primera vez que un no tsaniano me dice una cosa semejante —respondió ella, agradecida —. Siempre nos han calificado de bestias feroces, incluso de caníbales...

— Tú eres un ser humano, lo mismo que yo, pero este no es asunto relevante en estos momentos. Lo que importa es hallar a Rhezanor.

— Tienes razón. ¿Cómo te has enterado de que está en la región de los Ríos Tsan? ¿Te lo ha dicho su padre?

— No, él no sabía siquiera dónde está —contesté.

Entonces le expliqué cómo había deducido el paradero del chico. Al terminar, Aaryea, muy pensativa, dijo:

— Es indudable que Wu/Ka debía de llevar mucha prisa, porque ni siquiera se aseó antes de llegar a Palacio. Por eso olía todavía a pantano y en sus botas había aún suciedad, parte de la cual quedó en el suelo. Pero, ¿por qué tanta prisa, Ray?

Yo me encogí de hombros.

— No tengo la menor idea —contesté—. También ignoro qué se habló en la conferencia que Luinia y los otros sostuvieron con Behod. Imagino que Tloo debió de hallarse presente, pese a la hora intempestiva, pero no me atrevo a hacer más especulaciones.

— Está bien. Ray, si el chico se encuentra en estas regiones, a mi entender sólo puede estar en el sector de la tribu Jhiwadd.

— ¿Jhiwadd? —repetí—. Ese nombre es nuevo para mí.

— En nuestro lenguaje, significa montaña. Son los montañeses de la raza tsaniana.

— No sabía que hubiera montañas en Tsan, Aaryea.

— No son montañas, sino colinas muy bajas, cien o doscientos metros sobre el nivel del terreno circundante, la más elevada. Pero ellos, orgullosamente exagerados, se llaman a sí mismo los montañeses.

— Vaya, los highlanders de Wawur —comenté jovialmente—. Pero, ¿cómo has deducido que Rhezanor está en Jhiwadd?

— De cincuenta y seis tribus que componen la población tsaniana, sólo los Jhiwaddianos se negaron a aceptar el tratado de paz con Ypshanor. Se resignaron a acatar la voluntad de la mayoría, compuesta por cincuenta y cinco tribus partidarias de la paz, pero siempre se consideraron enemigos de tu hermano. Ninguna otra tribu habría dado cobijo al chico y a sus secuestradores —afirmó Aaryea en tono rotundo.

— Conoces muy bien los pantanos —sonreí—. Yo estuve hace casi cincuenta años, pero no llegué a profundizar en determinados aspectos de vuestra socio-política. Y, dime, ¿a qué distancia se encuentra Jhiwadd de este lugar?

— Catorce jornadas a pie —respondió Aaryea sin pestañear.

Me llevé las manos a la cabeza.

Catorce días caminando por aquel infernal mundo de los pantanos, por sitios en que, a veces, la vegetación era literalmente impenetrable, acechados por bestias feroces de características y conducta totalmente indescriptibles...

Era para desanimar al hombre de más firme decisión.

— Pero nosotros no iremos a pie, naturalmente — añadió la nativa —. Y llegaremos a Jhiwadd en un par de horas.

Yo la miré con recelo.

— No irás a decirme que viajaremos por el aire. Mi nave no sirve para determinadas operaciones...

— Naturalmente, iremos volando —afirmó ella, impertérrita.

De pronto, dio una vuelta a mi alrededor y me examinó de pies a cabeza.

— Necesitas armas — dijo.

— En la nave tengo...

— Olvídalas —cortó Aaryea—. Usarás las armas tsanianas o no usarás ninguna. Entre nosotros es denigrante combatir a un enemigo de nuestra raza con armas que no son nuestras.

—Pero, Aaryea, podemos correr graves peligros. El chico es lo que más importa de todo, compréndelo.

— Y también nuestra reputación. Deja los rifles repetidores para los

hombres de Tloo; tú y yo usaremos armas exclusivamente tsanianas.

— Sé manejar un arco, pero me falta entrenamiento — alegué.

— Usarás un puñal y... ¿Qué tal se te dan los venablos, Ray?

— No mal del todo, Aaryea.

— En tal caso, te daré un puñal y tres venablos. Yo llevaré mi cuchillo, el arco y las flechas. Será suficiente.

— Claro, claro— dije con amargura—, armas suficientes para tres o cuatro mil montañeses.

— Oh, no exageres— contestó en tono displicente. Sólo son dos mil quinientos.

Lancé un gemido.

— ¿De qué me ha servido la estancia en la U. A. R.? Aquí me dejaré el pellejo...

— Y yo llevaré flores a tu tumba. ¿Vamos, llorón?

Miré a Aaryea y acabé por echarme a reír.

— Creo que haberme encontrado contigo es la mejor cosa que podía haberme sucedido— dije, a la vez que rompía la marcha junto a ella.

Aaryea caminaba con paso largo y elástico, sin perder el rumbo un solo instante. De pronto, me asaltó una duda.

— Aaryea, tú dices que iremos volando a Jhiwadd — expresé—. Pero sí nos verán llegar y...

— Los jhiwaddianos no son nictálopes— respondió ella escuetamente.

Era una contestación harto significativa: iríamos a Jhiwadd por la noche.

* * *

La respiración de Degha, madre de Aaryea, era casi normal y la fiebre había remitido casi totalmente.

— Su dolencia está vencida, señora — dije —.

Antes de dos semanas, podrá levantarse de nuevo, y dentro de un mes será la misma de antes. Mejor dicho, estará aún más guapa que antes.

— Oye, tú, no halagues a mi madre...

Yo corté en seco las protestas de Aaryea.

— Ella es viuda y sólo tiene cuarenta y dos años wawurianos, lo que representa un aspecto físico equivalente al de una mujer de diez menos en la Tierra. Si le falta un marido, debe buscarlo; es algo que necesita con cierta... urgencia.

— Tengo un par de pretendientes—sonrió Degha. Será cosa de elegir entre uno de los dos.

— No me cabe duda de que encontrará el marido adecuado, señora—. Me volví hacia la muchacha—. Creo que es hora de partir, Aaryea.

— Sí, Ray. Cuídate mucho, madre— se despidió Aaryea.

— Ayúdale, se lo merece— dijo Degha sencillamente.

Los miembros de aquellas tribus vivían en unas frescas cabañas, situadas en la horquilla de gigantescos árboles, a una altura media de cuarenta o cincuenta metros del suelo. Había infinidad de caminos colgantes, que enlazaban las cabañas entre sí, y, naturalmente, las suficientes escalas de cuerda para el ascenso y descenso a las viviendas.

Yo me preguntaba qué medio iba a emplear Aaryea para llegar a Jhiwadd volando. No sería un aeroplano, me dije.

Pero, ante mi asombro, sí lo era. Lo curioso del caso es que el tal aeroplano, en realidad, un planeador, estaba remolcado por el más fantástico motor que uno pueda imaginarse.

Capítulo VIII

El aparato estaba construido por una armazón hecha de finas maderas entrelazadas, muy fuertes y flexibles, y cubiertas por una capa de fibra vegetal, de trama sumamente fina, con lo que se obtenía una tela que, usada como capa en caso de lluvia, resultaba impermeable. Los materiales le proporcionaban una ligereza singular; con una mano podía levantarlo sin hacer apenas esfuerzo.

Las alas eran anchas y cortas. En el centro del fuselaje tenía una especie de asientos, hechos del mismo material. Eran dos y estaban situados lado a lado. Por supuesto, disponía de alerones, timones de dirección y profundidad y tren de aterrizaje, era un par de patines de madera muy pulida y colocado bajo el fuselaje, pero replegable por medio de un ingenioso sistema de palancas, que probaban la singular inventiva de aquel pueblo al que muchos calificaban de salvaje y fiero.

Así se lo dije a Aaryea y ella me contestó:

— Admitimos el calificativo de fieros, pero respecto a lo salvaje habría mucho que discutir, aunque no ahora. En otro momento, ¿te parece?

— Como tú digas— accedí.

El «motor» del aeroplano eran seis gigantescas garzas negras de los pantanos. Sí, seis pájaros, así como suena.

Aquellas garzas eran colosales. Posadas en el suelo, mi cabeza llegaba justamente a sus lomos, lo que significa una altura, hasta la cruz, de casi dos metros. La altura total alcanzaba sin dificultad tres metros. En vuelo, su envergadura total era de casi siete metros, una vez desplegadas las alas.

— Yo creo que una de esas garzas bastaría para cada uno de nosotros, si la cabalgásemos— dije.

— No es la primera vez que hacemos eso, pero dentro de un rato comprenderás por qué vamos a volar remolcados hasta Jhiwadd.

Aaryea tenía respuesta para todo. Pasó de garza en garza, acariciándoles el cuello y diciéndoles palabras cariñosas. Los animales contestaban con afectuosos graznidos.

— Las tienes bien domesticadas— observé.

— En nuestra tribu hay hombres que se dedican especialmente a domar garzas, que capturan cuando todavía no vuelan. Luego las venden y aquí ya interviene la habilidad especial del comprador, para hacerse querer de sus garzas... y gobernarlas luego como mejor le convenga. Algunos no lo consiguen jamás, claro.

— Tú, sí, por lo que veo.

— Hace años que las tengo — respondió Aaryea con indiferencia.

Estaba comparando los atalajes de sujeción. Las garzas habían sido aparejadas a la manera de los caballos de tiro de una antigua carreta o diligencia, con el espacio suficiente para que pudieran batir las alas sin estorbarse las unas a las otras. Al cabo de uno momentos, se volvió hacia mí.

— Listo —anunció.

Tomamos asiento en el aparato, no sin ciertos recelos por mi parte. Estábamos situados en un gran claro, de forma alargada, alumbrado por las dos lunas de Wawur. Aaryea comprobó los mandos y, una vez segura de que todo estaba en orden, emitió dos cortos silbidos.

Las garzas arrancaron al mismo tiempo, con trote moderado. Yo me sentía lleno de asombro; la doma de aquellos grandes pájaros era perfecta.

El planeador se deslizaba con ligeros estremecimientos por el suelo. Aaryea lanzó tres silbidos, ahora un poco más largos, y las garzas aceleraron su velocidad. Ahora nos desplazábamos a unos sesenta kilómetros por hora, calculo, y ya se notaba el empuje del aire bajo las alas.

Aaryea emitió un largo y agudo silbido, seguido de uno muy corto, poco más que un chasquido. Casi en el mismo momento, exclamó:

— ¡Agárrate, Ray!

Delante de mí tenía una barra de madera; el planeador carecía de cinturones de seguridad. Las garzas saltaron al aire y el aparato las siguió a veinticinco metros de distancia, con la proa muy inclinada hacia arriba.

Doce poderosas alas batían el aire con inigualable potencia. Entonces puede darme cuenta que, para aquellas garzas gigantes, remolcar un planeador con dos tripulantes a bordo representaba el mismo esfuerzo que hace una señora al empujar el cochecito de su bebé.

Nuestra velocidad bordeaba ya los cien kilómetros a la hora. Mentalmente me propuse instalar en el planeador un velocímetro simple, de los que no necesitan la electricidad para funcionar. Pero era curioso advertir la seguridad del aparato, que ya se encontraba a unos cientos de metros del suelo.

El viento nos daba de lleno en la cara. Bajo nosotros, la tierra se deslizaba como una mancha negra, salpicada aquí y allá de manchas plateadas, que eran las corrientes de agua y los pequeños lagos de la región. Las estrellas volaban sobre nuestras cabezas.

— Aaryea —grité de pronto, para hacerme oír sobre los silbidos del viento.

— Dime, Ray — contestó ella en el mismo tono.

— Antes dijiste que no os considerabais salvajes. Explícamelo, ¿quieres?

— ¿Salvajes porque vivimos en las copas de los árboles, lejos de las ciudades? ¿Dónde podríamos encontrar un medio ambiente de mayor

sanidad? Es cierto que nos rodean los pantanos, pero son menos metíficos de lo que parece; los trozos estancados son relativamente escasos y las viviendas aéreas nos protegen de las fieras que pululan por la región. Nos gusta nuestra forma de vivir, eso es todo; resulta sencilla y casi sin complicaciones. Las enfermedades, como la que ha padecido mi madre, resultan rarísimas, y nuestra raza se propaga así, con unos caracteres de fortaleza física, robustez y agilidad mental, pocas veces igualados por los restantes pobladores de Wawur.

— Puntos de vista —claro—. Pero la cultura...

Aaryea se echó a reír.

— ¿Te parece este planeador una muestra de nuestra falta de cultura? Por otra parte, a nadie se le impide emigrar a otros puntos más «civilizados» del planeta si es su deseo; lo que sucede es que pocos lo desean.

— En resumen, estás haciéndome una singular propaganda de una vida idílica y primitiva.

— Es la que nos gusta. Y la que me gusta —contestó ella, encogiéndose de hombros.

Hora y media más tarde, Aaryea emitió tres silbidos muy cortos. Las garzas se elevaron hasta alcanzar unos mil quinientos metros de altura. Ya se notaba frío a aquella cota.

Pasaron diez minutos más. A decir verdad, el modo de viajar era muy agradable, aunque con un defecto: el estruendo que hacían las garzas al batir sus gigantescas alas. Pero el mismo exotismo de aquel medio de locomoción lo hacía encantador y atractivo en grado sumo.

De repente, Aaryea silbó dos veces, sonidos largos, y remató su señal con una muy corta. Casi al mismo tiempo, movió rapidísimamente una serie de palancas situadas frente a ella y los atalajes de remolque se desengancharon en el acto.

Entonces, el planeador empezó a cumplir su verdadera función, esto es, planear.

Las garzas se elevaron cosa de cien metros sobre nosotros, demostrando una vez más su incomparable entrenamiento y luego se perdieron de vista. Mientras, el planeador, perdía altura poco a poco, hábilmente pilotado por las expertas manos de Aaryea.

* * *

A unos cien metros del suelo, Aaryea empujó hacia delante una palanca y los patines se separaron del vientre del fuselaje. El suelo se nos acercó rápidamente.

Salvo un ligero silbido, causado por la fricción del viento contra las

alas, el planeador no hacía el menor ruido. Tocamos tierra, nos deslizamos cincuenta o sesenta metros y, al fin, nos detuvimos.

Aaryea saltó ágilmente, apenas se hubo detenido el aparato. Yo la imité en el acto, llevando terciados a la espalda, en una especie de aljaba de gran tamaño, los tres venablos de que me había provisto. Pendiente de mi cintura, portaba un gran cuchillo de obsidiana.

— Jhiwadd está a unos tres kilómetros —me dijo—. No me he atrevido a tomar tierra más cerca, para evitar que pudieran oírnos.

— Comprendo — respondí —. Pero ¿podremos acercarnos a la zona donde viven los amigos de Fronz sin ser vistos?

Los verdes ojos de Aaryea parecían incoloros al ser heridos por la luz de la segunda luna de Wawur.

— Eso depende de nosotros mismos — contestó sencillamente.

Y, sin más, rompió la marcha.

Me emparejé a su lado. Caminábamos a un paso firme y sostenido; ambos éramos jóvenes y no era fortaleza física lo que nos faltaba. En cuanto a mí, al haber retrocedido temporalmente a los veintiocho años me hacía sentirme exultante de vitalidad.

De nuevo riesgo y aventuras... y a mi lado, una mujer hermosa, ¿Podía pedir más?

Cosa de media hora más tarde, divisamos una hilera de colinas bajas. Se veían algunas fogatas, pero el campamento de los jhiwaddianos permanecía en silencio.

Aaryea vaciló unos instantes. Puse una mano en su brazo y la miré a la cara.

— Déjame a mí —solicité; —. Silbaré muy bajo para advertirte que el paso está libre.

Ella asintió. Yo me deslicé sin hacer el menor ruido, en busca de un paso hacia el poblado que bien podíamos considerar como enemigo.

De pronto, vi una sombra ante mis ojos.

El jhiwaddiano estaba sentado ante una piedra, removiendo las brasas de su hoguera con el cabo de una descomunal lanza, que más parecía una pértiga olímpica. La lanza, por supuesto, era más gruesa y terminaba en una canallesca hoja de bordes aserrados y cortantes como navajas de afeitar.

Había una especie de olla sobre las brasas, que apenas despedían resplandor. El centinela, sin duda, se disponía a tomar un tentempié.

Una serpiente hubiera hecho más ruido que el que hice yo al acercarme al montañés. Cuando quiso darse cuenta de mi presencia, una mano lo agarraba por sus grasientos cabellos, en tanto que otra sostenía el cuchillo de obsidiana, cuyo filo se apoyaba directamente sobre su yugular.

— Una sola voz y eres hombre muerto —dije, en el idioma tsaniano.

El sujeto estaba pasmado de asombro. Continué.

— ¿Dónde está Rhezanor? No alces el tono y dime la verdad.

— Se... segunda colina, en la cabaña más elevada... — jadeó, aterrado.

— ¿Hay centinelas custodiando al chico?

— Sí... Cuatro... uno por cada lado...

Torcí el gesto. Las dificultades se acrecentaban.

— Voy a decirte una cosa, montañés —murmuré—. Si me has engañado volveré para degollarte.

Y antes de que el sujeto supiera lo que le iba a pasar, lo derribé de un formidable golpe asestado con el mango del cuchillo.

Silbé muy suave. Aaryea se hizo visible casi en el acto.

— ¿Muerto? —susurró, refiriéndose al hombre situado a mis pies.

— No; sólo desmayado, pero dormirá un buen rato.

Me pareció conveniente apoderarme de su lanza, cuya hoja sobresalía a tres metros por encima de mi cabeza. «Nunca se sabe... », me dije.

— ¿Has averiguado dónde está el chico, Ray?

— Sí, pero tiene cuatro centinelas vigilándolo, Aaryea.

— Parece que no nos dan facilidades; ¿eh?

— ¿Esperabas que te recibieran con banda de música, banderas y una compañía de honores? —contesté irónicamente—. Vamos, pero recuerda una cosa; a partir de este momento, la iniciativa es mía.

— Tú mandas, Ray — accedió Aaryea sin rechistar.

Capítulo IX

Tendidos en el suelo, contemplábamos la cabaña señalada por el centinela, desde unos veinticinco pasos de distancia.

Ya sólo quedaba una luna sobre el cielo, pero estaba ocultándose, de modo que la luz había disminuido bastante. Sin embargo, era suficiente para divisar los detalles más próximos.

Y uno de los detalles que no se veía eran los centinelas anunciados.

Aparentemente, la cabaña estaba deshabitada, pero, ¿no nos estaban tendiendo una trampa?

Frente a la cabaña y a unos doce o quince pasos, había una talud vertical de cinco o seis metros, a continuación del cual empezaba la ladera. Más abajo se veían otras cabañas.

Sonaban algunos ronquidos. En una de las cabañas, se oyó la risita de una mujer. Alguien le estaba haciendo cosquillas.

Era preciso actuar. Dejé la lanza en el suelo y repté lentamente hacia la cabaña.

Aaryea me siguió. Alcanzamos una pared lateral y escuchamos con profunda atención.

No se percibía el menor sonido. Yo empecé a sentirme aprensivo.

Lentamente, me incorporé y di vuelta a la esquina. La puerta estaba entreabierta.

Con un venablo en la mano, me acerqué a la entrada. Detrás de mí, Aaryea caminaba, tensa la cuerda de su arco y una flecha dispuesta a emprender su mortífero vuelto.

Me asomé a la cabaña. El interior estaba sumido en una impenetrable oscuridad. Pero debería haber oído la respiración de un niño durmiendo y no se percibía el menor sonido.

— ¿Lo habrán matado? —susurró Aaryea a mí oído.

Crucé el umbral y la agarré por un brazo. Ella entró, yo cerré la puerta y entonces usé una diminuta linterna que llevaba conmigo a prevención.

Aaryea emitió un sofocado gemido.

— ¡El niño no está! — dijo. Y añadió: — Quizá te engañó el centinela, Ray.

— Lo dudo mucho — contradije, a la vez que me arrodillaba para tomar algo que había en el suelo. Se lo enseñé —: Una sandalia infantil y, créeme, los montañeses no usan este género de calzado.

— Entonces, se lo han llevado... pero ¿adonde?

Me mordí los labios, mientras reflexionaba unos momentos.

— ¿Conoces tú al jefe de la tribu? —pregunté al cabo—. Él tiene que

saber a la fuerza el paradero de Rhezanor.

— Sé que se llama Uuh-Kin, pero nunca he hablado con él personalmente. Ni siquiera lo he visto, Ray.

— Tendremos que capturar a algún montañés vivo, para que nos indique dónde...

Un estridente sonido me interrumpió de repente. La mano de Aaryea se crispó sobre mi brazo.

— Tu centinela se ha despertado — exclamó.

* * *

El alarido se repitió. Empezaron a sonar más gritos.

La aldea se puso en conmoción. Aaryea me dirigió una mirada de consulta.

— Tenemos que escapar, Ray.

— Por supuesto. Vamos, muchacha.

Yo había ido bien prevenido. Sabía que podía verme envuelto en muchos jaleos y quería que mis enemigos tuviesen respuestas adecuadas.

Colgada del lado izquierdo de mi cinturón llevaba una bolsita, que contenía unas minúsculas bolas, una de las cuales arrojé al suelo, apenas habíamos cruzado el umbral de la cabaña en sentido inverso.

Era una bomba térmica, que emitía unas enormes llamaradas, de varios segundos de duración. La cabaña empezó a arder inmediatamente.

— ¡Corre, Ray! — gritó Aaryea.

Ya se veían las primeras sombras, agitándose, aunque todavía con el natural desconcierto por ignorar lo que sucedía realmente. Pero el peligro crecía a cada segundo que pasaba.

Corrimos en sentido oblicuo, descendiendo por la ladera. De cuando en cuando, arrojaba una bomba térmica y una cabaña empezaba a arder a los pocos instantes. Lancé algunas a gran distancia y los incendios empezaron a propagarse, aumentando la confusión entre los jhiwaddianos.

El arco de Aaryea funcionó de pronto. Un individuo se desplomó aullando: la punta de la flecha le asomaba por la espalda, a la altura de los riñones.

Yo no me había olvidado de la lanza. Una vez la use y retiré la hoja tinta en la sangre de un adversario.

— ¿Cómo volveremos? —pregunté a gritos, mientras paraba el furioso lanzazo de un montañés, antes de devolvérselo en la garganta.

— El planeador —contestó ella, disparando su cuarta flecha. Consiguió su cuarto blanco.

Tiré dos bombas térmicas más. Una de ellas estalló a los pies de un

jhiwaddiano, que huyó, envuelto en llamas, profiriendo horripilantes alaridos.

De pronto, grité:

— ¡Por la izquierda, Aaryea! ¡Nos reuniremos junto al planeador!

Ella obedeció en el acto, desapareciendo de mí vista en un santiamén. Delante de mí había una larga hilera de cabañas y arrojé cuatro bombas más, las últimas que me quedaban.

La noche era un hervor de colosales llamaradas rojas. Chillaban las mujeres, despavoridas, y los hombres emitían feroces gritos de cólera. Yo me pregunté si Aaryea no habría perdido el juicio al citarme junto al planeador.

— Como no lo agarremos con las manos y nos tiremos por un precipicio, no sé cómo lo haremos volar — mascullé, mientras me enzarzaba en un feroz duelo a lanzazos con un jhiwaddiano.

El combate terminó con un salto lateral por mi parte. La lanza del montañés golpeó el vacío. Y yo lo derribé de un formidable puñetazo en la nuca: me resultaba más cómodo que darme la vuelta para ensartarle.

Continué corriendo frenéticamente. Me pareció que el camino había quedado despejado.

De repente, cuando ya casi tenía el planeador a la vista, cinco o seis montañeses armados con lanzas aparecieron ante mis ojos, formando un insalvable semicírculo de hierro.

Me paré. A menos que retrocediese, no tenía posibilidades de salvación, pero los montañeses, en cuanto a correr, no me tenían ninguna envidia. Uno u otro me alcanzaría y...

Los jhiwaddianos avanzaron hacia mí paso a paso. De repente, se oyó una voz poderosa:

— ¡Lo quiero vivo!

Era Uuh-Kin, el jefe, sin duda alguna. Sus intenciones eran fácilmente comprensivas.

Me aprehenderían, me interrogarían... y luego, Rimor Tloo daría la orden de ejecución. Como no les indicaría el género de muerte, los montañeses se entretendrían mucho practicando la disección en vivo con mi cuerpo.

Un grito resonó de pronto a doscientos pasos de distancia:

— ¡Ray, aprisa! ¡Ya estoy preparada!

La voz de Aaryea sobresaltó ligeramente a los jhiwaddianos. Entonces, de súbito, eché a correr hacia ellos, a la vez que lanzaba un estridente alarido.

Seis lanzas apuntaron directamente hacia mí. Pero, en el último instante, hice algo que no esperaban.

Ellos creían que yo me lanzaba a un ataque suicida y lo que hice fue

usar mi lanza como pértiga.

Seis bocas, más la de Uuh-Kin, se abrieron al verme pasar a cinco metros por encima de sus cabezas. Cuando se quisieron volver, yo había iniciado ya un fulgurante «sprint». Quizá me ganarían en una carrera de fondo, pero no en una de velocidad pura, de sólo doscientos metros.

Con gran alegría por mi parte, percibí ruido de batir de alas. Las garzas arrancaban ya.

Era otra nueva prueba de su fantástico entrenamiento. Después de largar el planeador, habían volado en círculos, para posarse en el suelo a la llamada de su domadora.

— Aprisa, aprisa, Ray —gritó ella.

La lanza se había quedado atrás. Yo me tiré de cabeza al planeador, cuando ya se deslizaba a más de cuarenta kilómetros a la hora.

Detrás de nosotros sonaron indescriptibles gritos de rabia. Aaryea silbó para azuzar a las garzas, que aceleraron su batir de alas.

El planeador perdió el contacto con el suelo. Pero las flechas volaban a mayor velocidad y una de ellas se clavó en mi espalda.

Sentí un agudísimo dolor y perdí las fuerzas casi en el acto. Noté que me vencía hacia delante y, un segundo más tarde, dejé de ver y de oír cuanto sucedía a mi alrededor.

* * *

Aaryea entró y se arrodilló a mi lado. Yo estaba tendido sobre una cama muy blanda, con un artilugio especial, que dejaba en hueco el lugar donde había golpeado la flecha; de este modo, me evitaba permanecer boca abajo.

El tazón que Aaryea traía en las manos contenía una especie de caldo muy espeso y de apetitoso aroma.

— Estás muy débil —dijo.

— He permanecido muchos días sin conocimiento, creo —murmuré.

— Once, exactamente, Ray.

Con gran esfuerzo, me pasé una mano por la cara. La noté limpia.

— Te afeité esta mañana, mientras dormías — explicó ella sonriendo.

— Gracias, hermosa.

— Tenías un aspecto horrible. ¿Sabes que no daba un disco de oro por tu vida?

— He perdido mucha sangre, ¿no?

— Relativamente, no. Lo peor de todo fue la infección.

— ¿Infección?

— Sí. La punta de la flecha estaba envenenada. Podías haber muerto,

pero yo siempre salgo prevenida contra esta clase de contratiempos. Una flecha puede alcanzarme en un sitio vital y, envenenada o no, me causará la muerte. Pero si la herida no es mortal en sí, puedo salvarme a condición de que, antes de cinco minutos de recibida, pueda aplicarme un pequeño emplasto de antídoto contra el veneno.

— Eso es lo que hiciste conmigo.

— Exactamente. Ahora bien, no se pueden evitar secuelas del tóxico; por ello has estado tantos días inconsciente y te encuentras aún muy débil.

Miré a Aaryea y sonreí.

— En resumidas cuentas, te debo la vida —dije.

— Yo te debo la de mi madre. Ella te ha velado mientras yo descansaba —contestó.

— Nunca os lo agradeceré —manifesté—. ¿Cuándo podré levantarme?

— Pasará una semana y otra, por lo menos, antes de que recobres tu forma física habitual. Tu contenido de glóbulos rojos bajó a una octava parte de lo habitual. —Aaryea sonrió encantadoramente y añadió—: Como ves, no somos tan incultos como aparentamos.

— He debido de pasarlo muy mal, por supuesto. Pero mi herida va a originar un formidable retraso en...

— Es inevitable, Ray; no te atormentes por ello. Ahora, lo más importante es que termines de convalecer.

— Sí, por supuesto. ¿Tienes alguna noticia de Wawuria?

— Envié un mensajero secreto a Ypshanor. Todavía no ha regresado. Es todo lo que puedo decirte.

Me quedé pensativo unos momentos.

Luego, lentamente, dije:

— Nuestra incursión al país de Jhiwadd resultó infructuosa. Rhezanor ha desaparecido y no tenemos la menor idea del lugar en que pueda hallarse en la actualidad.

— Suponiendo que siga con vida.

Hubo un momento de silencio.

Ella y yo nos mirábamos fijamente.

— En tal caso — hablé, pasados unos instantes—, la venganza de Ypshanor sería terrible.

— Suponiendo que le permitiese vengarse, Ray.

— Es cierto —dijo pesarosamente—. Pero, ¿no vamos a poder hacer nada para averiguar la suerte del pequeño Rhezanor?

— Yo te daré una idea, pero no podremos ponerla en práctica hasta que te encuentres completamente restablecido —manifestó Aaryea.

— Habla, te escucho.

— Hay una persona que puede indicamos, mejor que nadie, el paradero de Rhezanor.

— ¿Fronz?

— No, la incursión en palacio resultaría, tal vez, demasiado arriesgada. Me refiero a Rimor Tloo, gobernador de Wawuria.

Capítulo X

Dos días más tarde, se oyó un enorme alboroto en el exterior. Aaryea conversaba a mi lado y salió para enterarse de lo que sucedía.

A los pocos momentos volvió, terriblemente pálida.

— Unos cazadores han encontrado la cabeza de Farshus en el límite de nuestra zona —dijo—. Era el mensajero que envié a Ypshanor.

— Una forma muy práctica de avisar a la gente que no debe meter las narices donde debe — comenté.

Aaryea se sentía muy desanimada.

— Creo que no conseguiremos nada —murmuró, sentada sobre sus talones, a mi lado.

— Nada está perdido aún —dije—. Pero si eso es una advertencia al margen de sus asuntos.

— Esa no me parece suficiente explicación, Aaryea. Recuerda los cazadores de tsanianos, vivos o muertos. ¿Por qué os cazan? Parece que no tenga relación alguna con el secuestro del chico, pero yo opino que sí. ¿Tienes alguna idea al respecto?

— Ninguna, Ray.

— Cazar tsanianos, vivos o muertos, es algo que ha de tener una explicación — afirmé —. No olvides que Ypshanor estuvo casado con Hyria, tsaniana, y que su segunda esposa es también tsaniana. Además, consiguió la paz con todas las tribus del país Tsan, menos los de Jhiwadd. En circunstancias normales, Ypshanor no consentiría que se me cometieran tales crímenes, ¿entiendes?

— Es cierto — convino Aaryea —. Pero ¿cuál es la explicación, Ray?

Lancé un hondo suspiro.

— Tloo nos la facilitará, de grado o por fuerza — contesté.

* * *

Me extrañó ver que la cabellera de Aaryea le llegaba hasta más abajo de la cintura, libre, suelta, como una cascada de hilos que parecían de oro quemado. Ella sonrió al ver mi cara de asombro.

— Ahora no tengo que salir a cazar. El pelo largo estorba cuando una se mueve por la selva — explicó.

— Me gustas mucho así — dije —. Claro que tú me gustas, de todas maneras.

— No digas tonterías —refunfuñó, aparentemente molesta, pero, en el

fondo, halagada por mis palabras.

Las garzas nos llevaron al borde del país Tsan. Aquel mismo día, al atardecer, estábamos ya en Wawuria.

Una cosa me extrañó: había banderas y colgaduras por todas partes. Junto a la bandera de Wawur, plata y azul, con un escusón ajedrezado en el centro, rojo y oro, se veía otra bandera.

A mí me resultó desconocida por completo. Los colores de aquella bandera eran negro y verde, con tres espadas cruzadas en el centro.

Parecía como si la capital estuviese en fiestas por llegada de algún gran dignatario extranjero. Aquella bandera provocó en Aaryea un ramalazo de cólera.

— Es la divisa de Kairos X — dijo —. Me pregunto qué harán aquí los kairitas.

— Alguien nos lo dirá, ¿no crees? Pero, en todo caso, tenemos un asunto más importante entre manos.

Algunos miraban a Aaryea con curiosidad. Sus ropajes selváticos no eran los más adecuados para circular por la ciudad.

— Tienes que comprarte otras ropas — dije.

— Éstas me gustan...

— Sí, pero olvidaste una cosa.

— ¿Cuál, Ray?

— Una pancarta, para que la lleves a todas partes. Escrito en la pancarta debe haber un anuncio: SOY TSANIANA. ¿POR QUÉ NO ME CAZAN?

— ¡Oh —enrojeció ella—, no me había dado cuenta! Lo siento, Ray.

La metí en la primera tienda que encontré al paso. La moda, en Wawur, no peca de imaginación ciertamente, pero cuando una mujer tiene el tipo de Aaryea, cualquier cosa le sienta bien; y con aquel traje verdoso de una sola pieza, seguía llamando la atención, pero por motivos muy distintos de los de antes.

Una vez vestida, nos fuimos a la taberna de mí amigo Haraj.

El tratamiento que había recomendado a mi amigo Haraj le había aliviado considerablemente, su parálisis, aunque todavía tardaría bastante en sentirse como antes. Sin embargo, ya podía dar cortos paseos por su habitación y las fuerzas volvían gradualmente a los entumecidos músculos de sus piernas.

— El kairita que ha llegado, naturalmente acompañado de un pomposo séquito, es Do-Zur, Primer Vicepresidente de Kairos X —explicó—. Se rumorea que piensa firmar un pacto con Wawur, aunque nadie conoce los términos de ese futuro pacto ni las condiciones del mismo. Eso es todo lo que sé, amigos — concluyó.

— Kairos X y Wawur no fueron nunca un modelo de amistad interplanetaria — dijo Aaryea.

— ¿Por qué? —pregunté. Había aspectos de la historia wawuriana que todavía me resultaban desconocidos.

— Los kairitas tienen un espíritu muy... expansivo, por decirlo de algún modo. Varias veces han intentado establecer colonias en Wawur, pero siempre rechazamos sus propuestas, incluso cuando todavía no estábamos unificados bajo un rey-jefe, como Ypshanor.

— ¿Han guerreado contra vosotros? —pregunté.

— En algunas ocasiones, efectuaron desembarcos, pero los combatimos sin cuartel. Ellos podrían destruirnos, claro está; bastarían unas cuantas bombas exterminadoras para matamos a todos, pero, aparte de que la fauna y flora resultarían sumamente afectadas, el Consejo Superior de la Triconfederación tomaría cartas en el asunto y ordenaría una represalia masiva de sus afiliados contra Kairos X. Sus políticos lo saben y por ello tratan de conseguir, amistosamente, lo que no conseguirían por otros medios.

— Pero ¿resultaría beneficioso para vosotros el establecimiento de colonias kairitas en vuestro suelo?

— ¿Meterías tú en tu cama una serpiente venenosa Ray? —fue la aguda réplica de la muchacha.

— Aaryea tiene razón. Acabaríamos siendo sojuzgados por los kairitas y, mientras no se empleasen bombas exterminadoras, la Triconfederación no intervendría en absoluto —dijo Haraj.

— De modo que todo este asunto parece estar relacionado con las pretensiones kairitas — murmuré, muy pensativo—. Ypshanor, a lo que parece, se negaría a firmar ese pacto...

— Y por eso tratan de forzar su voluntad, con el secuestro de Rhezanor — añadió Aaryea.

— Y de ese pacto, sólo unos cuantos resultarían beneficiados: Fronz, Tloo y sus secuaces. Les dejarían figurar como dirigentes, pero, en realidad, los asuntos de Wawur serían manejados desde la capital de Kairos X —dijo Haraj.

— El enigma se va aclarando —manifesté—. Y creo que tú, Aaryea, tuviste una buena idea al sugerir una entrevista con Tloo.

— No os la concederá —aseguró Haraj.

Yo me eché a reír.

— Será una entrevista no solicitada —contesté—. Haraj, tú conoces muy bien Wawuria. Ahora tienes el pulso más firme y por ello no te resultará difícil trazarnos un plano de la residencia de ese bandido que se llama Rimor Tloo.

Haraj hizo lo que yo le pedía. Estaba terminando, cuando su hija entró en el cuarto.

Sivya me dirigió una mirada aparentemente inexpresiva. En realidad,

sus ojos destellaban de furia al verme en compañía de la hermosa Aaryea. Pero yo no podía evitarlo, claro.

— Padre, el doctor Pealis ha enviado un mensaje — declaró—. Te ha señalado hora de consulta para pasada mañana, a las cuatro de la tarde.

— ¿Ahora se acuerda de mí ese granuja? —dijo Haraj, muy sulfurado —. Hace más de seis meses que le pedí hora y una de sus ayudantes me envió al diablo. Ahora el que no quiere acudir soy yo.

— ¿Quién es Pealis? —pregunté, curioso.

— El director de Sanidad, un tipo unido a Fronz en carne y uña — contestó el irritado Haraj.

— Por ahí se rumorea que hace experimentos secretos, no se sabe con qué objeto ni qué clase de materiales emplea. Pero muchos sienten miedo de oír sólo su nombre — dijo Sivya.

* * *

Ciertas operaciones se deben emprender de noche y a hora avanzada. Aaryea y yo alcanzamos la residencia de Tloo alrededor de las tres de la madrugada.

Era un edificio relativamente grande, aunque de dos plantas tan sólo. En la puerta dormitaba un centinela.

Por supuesto, no le íbamos a despertar, ni siquiera pensábamos atacarle. Entraríamos por una de las ventanas superiores, la de su dormitorio.

Habíamos ido bien provistos de materiales de asalto. Yo tenía una pistola de cañón muy ancho, que disparaba proyectiles de perforación instantánea, unidos a un cable lo suficientemente fuerte para sostener el peso de dos personas.

El cable actuaba mediante un diminuto, pero potente motorcito, que hice funcionar por el simple procedimiento de situarnos en la barra situada en su extremo inferior. Aaryea se puso a mi lado y el aparato nos izó hasta la ventana en pocos segundos.

Manteniéndome de pie en la barra, saqué un lápiz descohesionador. El vidrio, blindado, por supuesto, se convirtió en polvillo impalpable después de unas cuantas pasadas.

Fuertes ronquidos llegaron hasta nuestros oídos. Yo salté al interior y ayudé a que la muchacha hiciera lo mismo. —Había unos espesos continajes que ocultaban la cortina y los descorrí ligeramente.

La estancia se hallaba a oscuras, como es lógico. Aaryea fue la que encendió la luz.

Tloo continuó durmiendo. Era un sujeto, fofo, de triple papada, nada agradable a la vista. Junto al lecho había una mesita baja, en la que se veía

una botella casi vacía.

— Qué grosero, bebe a morro — murmuré, escandalizado.

Aaryea sacó su puñal de obsidiana. Yo se lo quité de la mano.

— Busca un poco de agua y échasela por la cara — indiqué.

Ella asintió. El líquido contenido de una jarra fue a parar íntegro al redondo rostro de Tloo.

Se oyó un gritito de susto. Tloo tosió y estornudó con violencia. Intentó sentarse en la cama, pero su grasiento cuello tropezó con la punta del puñal que yo sostenía firmemente con la mano.

— Si gritas, te degüello — le amenacé.

Capítulo XI

La cara de luna llena de Tloo tomó un tinte ceniciento. Sus redondos ojillos, redondos de grasa, nos contemplaron con indisimulado pavor.

— ¿Qui... quiénes sois? ¿Qué queréis de mí? — preguntó.

— Nuestros nombres no importan; lo que queremos es saber dónde está Rhezanor.

Tloo pareció comprender entonces.

— Tú eres Gitton — exclamó.

— Sí, pero no vuelvas a alzar la voz o te despeno. ¿Dónde está el chico?

— No lo sé — fue la escueta contestación del gordo sujeto.

Apreté un poco con el puñal.

— ¿Quieres morir? — pregunté, colérico.

Gruesas gotas de sudor resbalaron por sus sienes.

— Te juro que es cierto. Sólo Behod y los guardianes del chico conocen su paradero.

Levemente desconcertado, me volví hacia la muchacha.

— Parece sincero — observó Aaryea.

— Por lo visto, Behod es de los que no dejan que su mano izquierda sepa lo que hace la derecha — comenté, sarcástico.

— Quizá hemos errado el tiro — dijo ella.

— ¿Cómo?

— Tloo es más bien un ejecutivo de orden interior, para la ciudad y alrededores. Lo hace muy bien, desde el punto de vista de Fronz, por supuesto..., pero, en mi opinión, el hombre indicado es Wu/Ka.

De pronto, me acordé de la pelea sostenida en el dormitorio de Luinia.

— Es posible que tengas razón — convine —. Pero todavía no he acabado de hacer preguntas a este saco de grasa.

— Muy bien, sigue — dijo la muchacha, impasible.

— Tloo, ¿cuáles son los experimentos que realiza el doctor Pealis?

— De... de adaptación al medio ambiente... No sé más...

Entorné los ojos.

— ¿Lo crees tú, Aaryea? — consulté.

— Si ese medio ambiente se refiere al de los Ríos Tsan, ¿por qué no?

Algo de luz empezó a entrar en mi cerebro.

— ¿Dónde tiene Pealis su laboratorio? —pregunté.

— Junto al lago Vranus... en la orilla norte...

— ¿Conoces tú el lugar, Aaryea?

— Sí, Ray.

— Bien, es suficiente. Iremos a hacer una visita al doctor Pealis.

Y de súbito, golpeé la frente de Tloo con un puñal. Se oyó un rugido y el gordo cayó sin sentido de espaldas en la cama, justo un instante antes de que se abriera la puerta y un oficial entrase en el cuarto.

— Señor, el Voivoda Fronz te llama con urgencia.

* * *

El oficial se cortó súbitamente al ver a dos intrusos en un lugar en donde sólo esperaba hallar a una persona. Aaryea quiso recobrar su cuchillo, sin duda con ánimo de arrojárselo, pero nos enredamos un poco y el arma cayó al suelo, rebotó y fue a parar debajo de la cama.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro del oficial.

Voy a tener el gusto de ensartaros sucesivamente — anunció.

Y desenganchó de su cinturón un extraño artefacto que se colocó sobre la cabeza, sujeto a sus sienes por una ancha cinta de metal.

Era un arma muy antigua, favorita de los guerreros wawurianos en sus luchas cuerpo a cuerpo. De la parte delantera del fleje metálico sobresalían dos largos y afilados puñales, de trazo ligeramente curvo, lo que le daba un extraño aspecto de bípedo cornudo.

En la Tierra se carga con la cabeza agachada. Un golpe con la frente en el cuerpo de un adversario no es cosa buena, pero si se le añaden dos puñales de cuarenta centímetros de longitud, el asunto resulta desastroso. Para la víctima, claro.

Retrocedí paso a paso hacia la ventana, como si temiera la carga del oficial. El tsaniano continuaba sonriendo desdeñosamente.

— ¿Tienes miedo? — preguntó —. Los buenos luchadores saben esquivar los ataques con los puñales frontales.

Ataca y verás si tengo miedo — contesté con tono desafiante.

Y el tsaniano atacó.

Aaryea se metió un puño en la boca. Yo estaba junto a las cortinas y, de súbito, las aparté de un manotazo, a la vez que saltaba a un lado.

El impulso que había tomado mi contrincante era demasiado fuerte. Fallado el golpe, continuó su carrera, llegó a la ventana y saltó limpiamente a través del hueco.

Se oyó un agudo grito de terror. Luego se oyó otra cosa:

—PLAF!

Aaryea me dirigió una mirada de asombro.

— Una hábil esquiva, no cabe duda — calificó.

— Antiguamente, en la Tierra, a lo que he hecho yo se le llamaba torear. Todavía se practica, aunque en la clandestinidad, por supuesto. ¿Nos

vamos?

— Aguarda un momento, Ray.

Aaryea se acercó al durmiente y puso algo sobre sus narices. Tloo se agitó un poco y luego reanudó su sueño con toda placidez.

— Dormirá tres días seguidos — explicó.

— Lo cual le impedirá anunciar nuestra visita al doctor Pealis — dije satisfecho.

Cuando pusimos los pies en el suelo de la calle, el toro humano seguía inmóvil.

— En escayola para sus huesos rotos se gastará la paga de un año — comenté alegremente.

Aaryea rió también. Entonces, yo, obedeciendo a un impulso incontenible, la abracé con fuerza y la besé.

Ella me miró sorprendida después del beso.

— Pero, Ray... — dijo, sofocada, aunque no enojada.

— Tengo otra vez veintiocho años y la sangre me hierve al lado de una mujer hermosa — contesté.

Aaryea sonrió enigmáticamente.

— Será mejor que desaparezcamos de aquí—aconsejó.

Era una buena idea y la pusimos en práctica en el acto.

* * *

El suelo estaba cubierto de césped y abundaban las florecillas de vivos colores. Olía a perfumes silvestres y la brisa agitaba blandamente las hojas de los árboles.

A nuestra izquierda, el lago Vranus era una lámina de color azul plata. Varios barquitos de vela se deslizaban plácidamente por sus aguas. La vida en Wawur, proseguía, a pesar de todo.

Aquel ambiente tan encantador podía cambiar radicalmente, si los kairitas se establecían en Wawur. Y aun así, la residencia de Pealis lo estropeaba lastimosamente.

No era el edificio en sí. Estaba construido según los rígidos cánones de la arquitectura wawuriana y era preciso aceptarlo tal como era. Pero la formidable tapia que lo rodeaba, coronada por una interminable hilera de electrodos de alta tensión, ponían una nota deprimente en un paisaje tan encantador.

Los electrodos estaban separados por una distancia de dos metros y unidos invisiblemente por cinco líneas de un tremendo voltaje. Cualquiera que intentase atravesar por aquella formidable barrera, perecería electrocutado en el acto.

Pero nosotros ya íbamos prevenidos para el asalto. Volar la línea de

conducción eléctrica o la muralla no serviría de nada, puesto que era preciso suponer que la alarma se produciría inmediatamente. Y dadas las condiciones en que trabajaba Pealis, resultaba lógico que estuviese gente guardándolo.

Unos de los medios que habíamos llevado con nosotros era una perforadora ultrarrápida. Dejamos que transcurriese el período de luz diurna y apenas llegó la noche, puse la máquina en funcionamiento.

Ya teníamos colocados los cascos, con una unidad autónoma de espiración. Yo iba tras la perforadora y Aaryea me seguía.

El trépano de la máquina mordió primero en ángulo de 45° y, a los doce metros, lo nivelé. La máquina nos arrastraba sin dificultad, a una velocidad de dos kilómetros a la hora.

Un potente ventilador arrojaba al exterior la tierra, finísimamente pulverizada, en partículas casi moleculares. La máquina arrastraba una especie de plataforma, sobre la que viajábamos nosotros, remolcados, en lugar de caminar tras ella.

Por supuesto, estaba programada para realizar la perforación de una forma determinada de antemano, en longitud y profundidad. Previamente, yo había realizado un rápido estudio topográfico del terreno, a fin de calcular los datos antedichos y evitar errores nada agradables.

Era un aparato muy distinto del planeador remolcado por las garzas gigantes. Había, tal vez, siglos de diferencia entre ambos, pero no menos ingenio.

En horizontal, recorrimos cosa de ochenta metros. Luego, la máquina, por sí sola, enderezó hacia arriba, en el mismo ángulo de 45°.

La computadora que dirigía las operaciones empezó a refrenar la velocidad de giro del trépano, apenas su punta asomó a la superficie. Momentos después, pasé una mano enguantada por la mira de mi casco, cubierta de polvo finísimo, y pude ver las estrellas.

Inmediatamente, me quité el casco. No nos había faltado oxígeno durante aquel recorrido de algo más de cien metros bajo la superficie, pero agradaba respirar el aire puro.

* * *

Había algunas ventanas iluminadas en la fachada principal del edificio. Dada nuestra posición, podíamos ver ésta y la que estaba situada al Oeste.

En la segunda fachada, a ras de suelo, divisamos una hilera de luces alargadas. Eran, indudablemente, ventanas de un semisótano. Aaryea y yo nos acercamos cautelosamente al lugar y nos tendimos en el suelo para contemplar el interior de aquel lugar.

Los pelos se nos pusieron de punta al ver lo que había allí. Aaryea

estuvo a punto de lanzar un grito de horror y cólera, pero yo pude contenerla a tiempo.

— Calma — recomendé en voz baja —. Pronto podrás tomarle el desquite.

Los ojos de Aaryea estaban llenos de lágrimas. Tenía motivos para ello.

El semisótano, de enormes dimensiones, era un completo laboratorio de vivisección. Había una docena de cadáveres de tsanianos, a muchos de los cuales les faltaban los miembros. Otros tenían el cráneo vacío y mostraban una horrible copa ósea, que pocos días antes había contenido un cerebro. De algunos sólo quedaban minúsculos fragmentos, en los que difícilmente podía reconocerse partes de un cuerpo humano.

Siete u ocho individuos, todos ellos vestidos con batas blancas, pero muy pocos sin manchas rojas en sus vestiduras, iban de aquí para allá, tomando muestras de todas clases de órganos. Había una sección dedicada al análisis de todos los tejidos humanos y asimismo un par de aparatos de rayos X.

Me extrañó que hubiera seres humanos capaces de realizar semejante carnicería. Pero cuando me di cuenta de que se trataba de robots, indudablemente programados para trabajos científicos, comprendí que los sufrimientos de los hombres allí encerrados les resultasen indiferentes.

Al fondo, encerrados en grandes jaulas de vidrio, eso sí, acondicionadas como celdas, con un mínimo de comodidades, había hasta una veintena de tsanianos de ambos sexos.

Los desdichados se veían obligados a presenciar aquellas horribles operaciones. Sabiendo que, en cualquier momento, podía llegarles el turno, era fácil imaginar su estado de ánimo.

Las uñas de Aaryea se clavaron en la carne de mi brazo.

— Ray — dijo —, tenemos que acabar con este infierno.

— Sobre ese punto, no hay discusión, pero actuemos con cuidado, o de lo contrario, ni nosotros ni los desdichados que todavía están ahí vivos, podríamos contarlo.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Yo me puse en pie de un salto y me deslicé, pegado a la pared, hasta la esquina que daba a la fachada posterior.

Plantado junto a la puerta de aquel lado, había un centinela armado con una ametralladora portátil de aire comprimido. Esta vez, Aaryea no se molestó en advertencias. Su cuchillo de obsidiana partió disparado como un proyectil y se incrustó en el lado derecho de la garganta del centinela, bajo la oreja izquierda.

El hombre cayó fulminado. Yo corrí hacia él y me apoderé de su ametralladora y de la mochila que contenía el compresor. Dos grandes cargadores, ciento cincuenta balas cada uno, pasaron igualmente a mi poder. Dado que los proyectiles no necesitaban cartucho con carga

impulsora, los cargadores, aun siendo de tamaño análogo a los convencionales, podían contener una cantidad tres veces mayor de proyectiles.

La puerta estaba cerrada, pero la ametralladora era buena llave. Momentos después, el paso estaba abierto.

Capítulo XI

—¿Y ahora, Ray? — me preguntó Aaryea, una vez en el interior del edificio.

— El doctor Pealis es nuestro primer objetivo — contesté.

Avanzamos sucesivamente a través de varias estancias. De pronto, escuchamos el ruido de una puerta.

— De acuerdo — doctor — dijo alguien —. Empezaré la serie RB-5 inmediatamente.

— Quiero tener listos los primeros resultados para antes del amanecer — se oyó una voz chirriante. — Antes de la noche, he de presentarlos en palacio.

— Quédese tranquilo, doctor.

El individuo se alejó. Aaryea y yo cruzamos una mirada de inteligencia.

Esperamos todavía unos minutos. Luego nos acercamos a la puerta de lo que, indudablemente, era el despacho del doctor Pealis.

Entreabrí la puerta. Detrás de la mesa de trabajo, estaba nuestro hombre.

Avancé sin hacer ruido. Enfrascado en sus papeles, Pealis no se dio cuenta de nuestra presencia hasta que nos hallamos a un par de pasos de distancia de la mesa.

Entonces, levantó la vista y pegó un bote en su asiento:

— ¿Eh? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? — exclamó.

— Soy Ray Gitton — contesté —. Ella es Aaryea, de la región de los Ríos Tsan.

Pealis frunció el ceño.

— No recuerdo haberles invitado...

— Nos hemos invitado nosotros mismos, doctor. Sólo queremos saber el objeto de sus experimentos con seres humanos, pertenecientes a la región de los pantanos.

— Temo que se han equivocado de dirección — contestó Pealis —. No tengo ninguna obligación de contestarles.

Aaryea perdió los estribos y saltó como una pantera hacia él. Agarró sus cabellos con una mano y con la otra apoyó el filo del puñal en su garganta.

— ¡Conteste a Ray, doctor, conteste o lo degollaré aquí mismo! — dijo, furiosísima.

Pealis se puso lívido. La actitud de Aaryea le hizo comprender que la cosa no iba en broma.

— E... estoy realizando estudios sobre la raza tsaniana... — contestó,

ahogándose de pánico —. Los habitantes de los pantanos poseen una inmunidad natural a las enfermedades que atacan a otros seres de raza distinta.

— Pero ¿no podían haber realizado esos estudios con voluntarios y sin necesidad de descuartizarlos?

Pealis calló.

— Su silencio es muy elocuente, Aaryea — dije —. En primer lugar, difícilmente hubiera encontrado voluntarios para esos experimentos y, en segundo lugar, yo diría que les convenía un secreto absoluto.

— Es decir, aunque, puedan vivir después de los experimentos, a ellos no les conviene que se divulguen estos trabajos — supuso ella.

— Justamente — corroboré —. Por eso los cazan vivos o muertos.

Pealis nos miraba con ojos agónicos. Aaryea dijo:

— Me dan ganas de cortar a fondo...

— No lo hagas — le prohibí —. Doctor, ¿qué objeto definido tienen esos experimentos?

— No... no lo sé...

— ¡Lo sabe! — gritó Aaryea en tono descompuesto —. Dígalo o le mataré.

Pealis cedió. Aaryea y yo nos miramos estupefactos al conocer la verdad.

— Eso explica la presencia de Do-Zur en Wawuria — dije.

— Sí, aunque no justificaba la muerte de decenas de tsanianos, Ray — contestó ella.

— De acuerdo, pero no tienes por qué matar a sangre fría...

— ¿A sangre fría? — rió ella amargamente—. ¿Después de lo que acabamos de escuchar, Ray?

— ¡Cálmate! — insistí —. Déjame obrar a mí.

Ella cedió de mala gana. Se apartó a un lado y yo pregunté a Pealis con la ametralladora.

— En pie, doctor — ordené.

Pealis obedeció.

Mi siguiente mandato fue:

— Guíenos al laboratorio y tenga en cuenta que lo segaré por la mitad con una ráfaga si intenta pedir socorro.

Nuestra entrada en el laboratorio paralizó durante unos instantes las actividades de los robots ayudantes. Todos ellos se volvieron y miraron al doctor inquisitivamente.

— Dígales que se pongan en fila, delante de nosotros — ordené.

Pealis obedeció. Entonces, disparé sesenta o setenta balas y destrocé aquellas máquinas, construidas para ayudar a los humanos, pero programadas para el mal, aunque se quisiera aparentar lo contrario.

Pealis lanzó un grito de rabia. Aaryea le golpeó en la cabeza con el puño de su cuchillo y el científico se arrodilló, incapaz de sostenerse en pie.

— Abre las celdas — dije —. Yo voy a preparar mientras tanto los explosivos.

Aaryea corrió a liberar a sus compatriotas.

Sonaron algunos gritos de alegría. Algunas de las mujeres, lloraban a lágrima viva. Durante toda su vida tendrían grabadas en su mente las escenas de horror que habían presenciado.

Mientras, yo colocaba una potente carga de demolición al pie de una gruesa columna, que supuse pilar maestro de la estructura del edificio. De pronto, sonaron unos gritos de terror.

Uno de los tsanianos se me acercó.

— ¿Qué es eso? — pregunté.

— Explosivos. Voy a volar el edificio.

El tsaniano se volvió hacia sus compatriotas.

— Traedlo aquí — gritó.

Media docena de robustos individuos trajeron a rastros al criminal científico, en cuya cara se veían las señales de la cólera de sus ex-prisioneros, traducidas en una buena tanda de puñetazos. Pealis chillaba frenéticamente, solicitando clemencia, pero sus demandas no fueron escuchadas.

Ni tampoco las mías. Quise intervenir en su favor, pero Aaryea se puso delante de mí.

— Déjalos. Tampoco a mí me gusta..., pero debes comprenderlos — dijo.

Consulté mi reloj.

— La carga estallará dentro de cinco minutos — anuncié.

Echamos a correr. Detrás de nosotros, Pealis chillaba enloquecido.

Llegamos al exterior. Unos cuantos soldados trataron de cerrarnos el paso.

Mi ametralladora despejó el camino. Algunos, viéndose en mala posición, se rindieron.

— Escapen de aquí — ordené —. La casa saltará por los aires antes de tres minutos.

La huida fue general. A la hora señalada, se produjo la explosión.

Era una carga paranuclear. Un gigantesco chorro de llamas subió a lo alto, barriendo las tinieblas en un vastísimo círculo. El trueno resultó aterrador.

Llovieron escombros durante mucho rato. Cuando el polvo y el humo se disiparon, me acerqué a contemplar los efectos de la explosión.

En el lugar donde había estado aquel infernal laboratorio, había ahora un gigantesco cráter de casi cien metros de diámetro por treinta de

profundidad. De Pealis, sus trabajos, aparatos, notas y apuntes, no quedaba el menor rastro.

Aaryea estaba hablando con sus compatriotas cuando regresé a su lado.

— Volved a casa — indicó —. Ray Gitton, el hermano de Ypshanor, y yo, nos encargaremos de que ningún extraño vuelva a asaltar los pantanos en busca de presas humanas.

Los tsanianos obedecieron sin replicar. Aaryea y yo nos quedamos a solas.

— ¿Y ahora, Ray? — me preguntó ella, mirándome a los ojos.

— Alguien vendrá para averiguar qué ha sucedido. Pero todavía tardarán bastante. Ven.

Ella dejó que yo me apoderase de su mano y así caminamos en silencio tres o cuatro kilómetros, hasta separamos lo suficiente de aquel lugar. Pero no del lago, en el que se veían los dos ojos plateados de las lunas de Wawur.

Al hallarnos en sitio seguro, la abracé con fuerza.

Ella se estremeció al sentirse en mis brazos.

— Ray — murmuró.

La besé. Aaryea se mantuvo indecisa un segundo; luego, sus brazos, como un cálido lazo de carne mórbida y tostada, rodearon mi cuello.

El lago, las lunas y las estrellas dejaron de existir bien pronto para nosotros.

* * *

— Todavía no hemos terminado, sin embargo — dije, a la tarde siguiente, ya descansados, en la habitación de Haraj.

— ¿Qué es lo que os falta por hacer? — preguntó el tabernero.

Yo estaba llenando tres copas. Entregué una a Aaryea, otra a nuestro anfitrión y me reservé la tercera.

— Es obvio que tenemos que hablar con Ypshanor, pero está muy vigilado. Haraj, ¿tú conoces algún medio para enviarle un mensaje, sin que lo adviertan sus cancerberos?

Haraj reflexionó unos momentos.

— Conozco al que suministra los alimentos a palacio — dijo al cabo —. Espero que él, a su vez, conozca a algún sirviente no «contaminado» por el oro de Fronz.

— Es una buena idea — aprobé.

— ¿Qué piensas decirle, Ray? — preguntó Aaryea.

— Simplemente, que acceda a la abdicación, pero que se celebre en ceremonia solemne y pública — respondí.

— ¿Piensas desenmascarar a los culpables delante de todos?

— Hay ciertas cosas que sólo se pueden realizar en público. Naturalmente, con pruebas en la mano — respondí.

— Lo interesante sería saber cómo piensas conseguirlas — dijo Aaryea.

Yo sonreí de forma enigmática.

— Las conseguiré — afirmé.

— ¿Tú solo?

— No. Tendré un valioso auxiliar. Y no me fallará, os lo aseguro.

— ¿Quién es? — preguntó Aaryea, muerta de curiosidad.

Pellizqué su mejilla.

— Tesoro, si te lo digo, me arrancarás los ojos — contesté.

Capítulo XIII

Luinia/uz/Luinz entró en su dormitorio, se llevó la mano derecha al hombro izquierdo y soltó el broche que sujetaba su elegante túnica plata y escarlata.

La prenda cayó al suelo. Entonces, yo salí de mi escondite tras las cortinas y dije:

— Me defraudas, hermosa Luinia.

Ella se revolvió velozmente. Sus grandes ojos se hicieron aún mayores al reconocerme.

— ¡Ray Gitton! — exclamó.

— El mismo que viste y calza, según antigua y acreditada fórmula terrestre —contesté, a la vez que hacía una profunda inclinación.

Ella reaccionó. De pronto, saliendo de su estupor corrió hacia el tocador, agarró un puñalito y se arrojó contra mí.

La esperé a pie firme. Levanté mi mano izquierda y paré fácilmente el golpe. Y una ligera torsión de mi mano bastó para hacer saltar por los aires el arma.

— ¿Por qué quieres matarme? — pregunté —. He venido en son de paz...

— Contigo no puede haber paz. Debes morir — contestó rabiosa, los ojos brillando como brasas.

— ¿Tú crees?

— ¿Puedes dudarlo? Sí, ahora, quizá, escapes como la vez anterior, pero, inexorablemente, acabarás por ser atrapado...

— Vendes mi piel antes de haberme dado caza — dije —. En lugar de buscar mi muerte, debieras buscar mi vida. Y la de Rhezanor y sus padres... y el futuro plácido e independiente de Wawur.

Mis palabras la desconcertaron un momento.

— No entiendo lo que quieres decir — manifestó.

Solté su mano.

— Tenemos que hablar, pero una copa nos sentará bien a ambos — sonreía —. Sírvela, ¿quieres?

— Sigo sin comprenderte, Ray. Y el caso es que, si estuvieses a mi lado, las cosas cambiarían notablemente. Para tí, por supuesto.

— Prefiero que las cosas cambien sin necesidad de que yo me pase al otro bando. Tú, en cambio, si lo harás.

Luinia soltó una estridente carcajada. Se acercó a mí, incitante en su espléndida hermosura, y me entregó una de las copas.

— Estoy muy bien, por ahora, en el bando en que milito — contestó.

— Sí, pero, ¿hasta cuándo, Luinia?

— ¿Qué quieres decir, Ray? — se extrañó ella.

Tomé un sorbo. Era aguardiente de cerezas wawurianas, suave y muy perfumado.

— Ya te lo dije la última vez que nos vimos, Luinia. Behod no se ha casado contigo y, si de veras te apreciase, ya serías su esposa. Insistió en ello; hay cargos públicos en el que guardar las buenas formas es primordial. La cosa puede pasar ahora, pero a la gente no le gustará más adelante vuestra situación irregular, es decir cuando Behod sea el personaje más importante de Wawur, después de Rhezanor, por supuesto.

— Se casará conmigo...

— ¿Te lo ha dicho? ¿Tienes seguridades de que lo hará así? ¿Quién te asegura que, más adelante, para afianzar su puesto, no hace asesinar discretamente a Ypshanor y luego, pasado el período de luto, se casa con su viuda, todavía joven y apetecible?

Luinia abrió la boca. Yo terminé el licor y dejé la copa a un lado.

— Tu situación sería muy desairada si ello llegara a suceder, cosa que sucederá, indefectiblemente, cuando Ypshanor haya abdicado. En el mejor de los casos, seguirás siendo... lo que eres ahora. En sus ratos de aburrimiento, Behod vendrá a distraerse contigo, pero tú no obtendrás nada más. Salvo dinero y algunas joyas, claro.

Ella se mordió los labios.

Resultaba evidente que mis palabras harían mella en su ánimo. Al cabo de unos momentos de reflexión, dijo

— ¿Debo entender que me propones un pacto, Ray?

— Justamente.

— ¿En qué condiciones?

Yo puse sobre una mesa un papel alargado, de color azul pálido.

— Escribe una cifra, en moneda terrestre —indiqué—. Eres joven y muy hermosa. En la Tierra y con dinero, no te faltarán oportunidades.

Luinia me miró asombrada.

— Me estás sobornando —exclamó.

— Lo admito —dije, impasible.

— ¿Tengo que irme de Wawur?

— Dentro de tres días. Pasado mañana, el embajador de Kairos X da una cena de gala. Tú asistirás, por supuesto.

— Claro, ya he recibido la invitación... Oye, oye, ¿qué es lo que me estás pidiendo, Ray?

— Simplemente, que te enteres del lugar donde está la caja fuerte de la embajada kairita.

Hubo un momento de silencio. Los ojos de Luinia fueron al cheque.

— ¿Hasta qué cifra puedo llegar? —preguntó de pronto.

Hice un gesto ambiguo.

— Fíjala tú misma —contesté.

Luinia agarró de pronto una pluma y escribió algo en el que, enseñándomelo a continuación.

— ¿Está bien, Ray?

— Perfectamente, Luinia.

— Ten en cuenta que comprobaré el estado de tu cuenta desde aquí. Si me engañas...

— En este asunto, no puede haber engaños, Luinia. Yo perdería unos cuantos millones, es cierto, pero tú perderías algo más valioso: ese hermoso cuello de cisne que une tu cabeza al resto del cuerpo.

Luinia sonrió.

— No habrá engaños, Ray —prometió—. A propósito, ¿cómo escapaste de las trampas de la Tierra?

Se lo expliqué. Ella comentó:

— Eres infernalmente astuto, Ray.

— Se trataba de ayudar a un amigo —repuse.

Luinia se me acercó de pronto y puso sus manos sobre mis hombros.

— De acuerdo, socio, tendrás lo que pides. Pero tú tienes que darme algo más —solicitó.

— No hay inconveniente. Hay peticiones que nunca niego a las mujeres hermosas.

Y después de un largo y tórrido beso, ella me dijo:

— Ray, ahora me acuerdo de que, cuando entré en mi dormitorio y me quité la túnica, tú dijiste que te sentías defraudado. ¿Por qué?

Sonreí maliciosamente.

—Yo pensaba que una mujer que tiene un cuerpo tan hermoso como el tuyo no necesitaría otra prenda de ropa —contesté.

— ¡Oh! —Ella se echó a reír—. Ya te entiendo, Ray.

Y volvió a besarme. Me besó muchas veces más.

* * *

Consulté mi reloj.

— Estás impaciente — observó Aaryea.

— Lo reconozco —dije.

— El mensaje de Luinia se retrasa, ¿verdad?

— Sí.

— ¿Lo estimas de importancia?

— Prefiero conocer el camino. Eso evitará tropiezos inoportunos. Aaryea.

— La caja puede tener un buen sistema de alarma...

— Cuento con ello, pero ¿cómo funcionan los sistemas de alarma?

— Eléctricamente, por supuesto. Sin embargo, también los hay mecánicos.

— Lo sé. De todas formas, los mecánicos me asustan menos que los eléctricos. Y, de todas formas, saltaré esa caja, aunque tenga que hacerlo al estilo antiguo, con dinamita.

Transcurrieron unos minutos más.

Aaryea y yo, convertidos en unos inofensivos paseantes, caminábamos tranquilamente por uno de los parques de la ciudad. Había madres con sus hijos y jóvenes parejas, a quienes las cuestiones políticas les traían sin cuidado.

El ambiente era plácido, agradable. De pronto, se oyeron a lo lejos algunas voces.

Seis caballos bicornes aparecieron de pronto por una curva de uno de los senderos del parque. Guiada por el gigantesco conductor, la lujosa carretela de Luinia/uz/Luinz se dejó ver del público.

Muchos saludaban con vítores y aclamaciones. Nosotros nos unimos aquellos, pero la rosa wawuriana que Luinia olía con delectación sólo voló por los aires, al hallarse la carroza a nuestra altura.

Recogí la flor. Ella me hizo un imperceptible guiño con los ojos y desapareció de nuestra vista.

— Es hora de que regresemos, Aaryea —dije.

— Sí, Ray.

Dimos la vuelta y atravesamos el parque, por un punto desierto en aquellos momentos. Entonces fue cuando escuchamos la voz amenazadora:

— Quiero esa flor. Estoy enamorado de Luinia y me siento celoso.

* * *

Aaryea y yo nos detuvimos en el acto. Volví la cabeza y vi a un sujeto que empuñaba un estilete telescópico.

Por supuesto, no era un enamorado de Luinia. Pero el tipo tenía sentido del humor.

— Me vuelvo loco por las rosas wawurianas — contesté.

— La quiero yo —insistió el hombre. Alargó la mano izquierda—. Démela.

— Usted no está enamorado de Luinia ni cosa que se le parezca —dije despreciativamente— Es sólo un esbirro de Behod, así de sencillo.

— ¡No me haga perder la paciencia o le ensarto! — rugió el individuo.

— ¿De veras? Ande, apriete el resorte. El estilete se le romperá. ¿Me cree tan tonto como para no ir por ahí con un chaleco blindado bajo las ropas?

El esbirro se desconcertó un momento. Antes de que reaccionase, yo ya había desviado el arma con la mano izquierda.

El estilete se disparó, pero pasó inofensivamente junto a mi costado. Quizá por primera vez en su vida, el tipo supo lo que era un puño terrestre.

Cayó como un fardo. Yo agarré el estilete y lo lancé al tronco de un árbol, dejándolo clavado a cinco metros del suelo.

— Vámonos, Aaryea —dije, a la vez que la agarraba de la mano.

— No sabía que llevases un chaleco blindado —exclamó ella, en el momento en que salíamos del parque.

— Era sólo una broma, mujer —contesté—. Lo notarías inmediatamente.

— ¿Cómo, Ray?

— A veces me abrazas, ¿no?

Aaryea se echó a reír.

— Espero que no uses tus trucos conmigo en lo sucesivo — dijo.

— No podría hacerlo tesoro —contesté.

Un poco más adelante, ella preguntó:

— Ray, ¿cuándo atacaremos la caja fuerte?

— Pasado mañana. La ceremonia de la abdicación se celebrará dentro de cuatro días.

— ¿No crees que vas un poco justo de tiempo?

— Quizá, pero si el tipo ese ha descubierto que el mensaje está en la rosa, eso significa que Luinia está siendo vigilada. Y aunque me haya ayudado por dinero, quiero librarla de un serio percance.

— ¿Esta noche, Ray? —consultó Aaryea.

— Sí —confirmé.

Ella suspiró.

— De aventura en aventura... ¿Cuándo te detendrás, querido?

— Dentro de cuatro días iniciaré mi última aventura.

— Suprime la «a» y encontrarás la definición exacta de lo que será tu vida a mi lado —contestó ella, oprimiendo mi mano con fuerza.

Capítulo XIV

Luinia se sobresaltó enormemente al despertarse y verme en su cuarto.

— ¡Ray! ¿Qué haces aquí? — preguntó.

— Vístete, no pierdas tiempo. Tu vida corre serio peligro.

— Pero...

— Un tipo quiso quitarme la rosa después de que tú me la arrojaste desde la carroza. Te vigilan, ¿comprendes?

Los ojos de Luinia llamearon.

— Tienes razón, no podía fiarme de Behod —dijo.

— Celebro que lo comprendas, pero ahora abstente de comentarios. No te molestes en hacer siquiera el equipaje: tienes dinero y ya te comprarás ropas donde sea.

— Sí, Ray.

Luinia saltó de la cama y se vistió apresuradamente, enfundando su bello cuerpo en un traje negro, de una sola pieza. Se ató el pelo con una cinta y, apresuradamente, metió unas cuantas joyas en un bolso de terciopelo, que luego colgó de su cuello.

— ¿Por dónde salimos, Ray? —preguntó a continuación.

No tuve tiempo de contestar. La puerta se abrió y un hombre entró en la habitación.

— ¡Wu/Ka! —exclamó Luinia.

El sicario llevaba en las manos un lazo fino cable metálico, cuya utilidad era evidente. Al vernos a los dos, se desconcertó momentáneamente, pero, hombre avezado al fin y al cabo, reaccionó con singular rapidez.

— Me costaba trabajo creerlo, pero el Voivoda tenía razón —murmuró.

Y desenfundó una pistola de aire comprimido.

Mi pie fue mucho más rápido. La pistola voló por los aires y Wu/Ka se tambaleó.

Llevaba un puñal. Quiso utilizarlo y yo golpeé su antebrazo con el filo de mi mano. El miembro se le quedó entumecido, pero, pese a todo, era hombre de singular obstinación.

Wu/Ka contraatacó con la cabeza gacha y me derribó. Al caer, levanté los pies y lo hice voltear sobre mi cabeza.

Luinia contemplaba la pelea con ojos llenos de terror. Wu/Ka era más delgado y de menor envergadura que yo, pero no resultaba en modo alguno un hombre de escasas fuerzas.

Ni tampoco era un novato en las luchas cuerpo a cuerpo. Un par de

golpes suyos me hicieron daño.

Retrocedí. Casi tocaba ya la ventana, abierta de par en par. De súbito, Wu/Ka lanzó el que creía su último ataque.

Le aguardé a pie firme. Cuando estuvo a mi altura, giré un cuarto a la derecha y agarré su brazo con ambas manos. Tenía que ser mi golpe definitivo y empleé todas mis fuerzas.

Wu/Ka volteó en el aire, describiendo un círculo vertical, teniendo mis manos como centro. Salió por la ventana, pero yo no lo solté, de modo que su cuerpo, siguiendo el impulso, descendió, completando el giro y fue a estrellarse contra la pared erizada de agudos pinchos.

Se oyó un horrible alarido. Yo me volví hacia Luinia. Ella tenía las manos en las mejillas y los ojos fuera de las órbitas.

— Vamos, pronto —le apremié.

Luinia reaccionó. Yo me puse en pie sobre el antepecho de la ventana y agarré la cuerda que me había servido para llegar hasta allí, desde el árbol.

— Sujétate bien a mi cuello —dije.

Casi me ahogó, pero llegamos a las ramas sin novedad. Desde allí, divisamos el cuerpo de Wu/Ka, todavía ensartado en media docena de agudos puñales incrustados en el muro.

La sangre corría en largos regueros hacia abajo. Cuando estuvimos al pie del árbol, Luinia, temblando todavía de pánico, me preguntó:

— No sé dónde esconderme ahora...

— Yo tengo buenos amigos que te guardarán de los esbirros de Behod — contesté, pensando en Haraj y en su hija Sivya.

* * *

— ¿Conoces las noticias, Ray? —preguntó Aaryea.

— Sí. Creo que todos los esbirros del Voivoda Fronz nos andan buscando como locos.

Aaryea soltó una risita.

— Poco podrían imaginarse que estamos en la embajada kairita, ¿verdad? — dijo maliciosamente.

—Lo peor no es salir de aquí, sino buscar un escondite seguro. En casa de Haraj no estaremos seguros. Luinia ha conseguido escapar a bordo de una astronave de pasajeros, con dirección a la Tierra..., pero a nosotros nos buscarán aquí.

Aaryea calló. Yo también.

Estaba muy ocupado desmontando las trampas que podían dar la alarma o matar al osado que se atreviera a abrir la caja fuerte de la embajada. En un círculo de tres metros en torno a la enorme caja metálica, el suelo era, bajo su inofensiva apariencia de tablas brillantemente enceradas, una pura

trampa.

Algunas eran eléctricas; otras actuaban por la simple presión de un cuerpo humano. Era evidente que las conectaban por la noche, cuando ya no había nadie en la estancia.

El paso quedó franco finalmente. Ahora sólo faltaba «reventar» la caja fuerte.

Pero también había ido prevenido para ello, como es lógico. Un soplete que emitía una finísima llama, a seis mil grados centígrados de temperatura, me permitió abrir un boquete en uno de los costados, de más de cincuenta centímetros de diámetro.

Aaryea vigilaba en la puerta mientras tanto. Ahora había dejado el arco por la ametralladora de aire comprimido; resultaba un arma más práctica, puesto que no estábamos en la selva.

Yo llevaba un casco con una potente lámpara sobre la cabeza. A su luz verde pude ver el interior de la caja fuerte.

Había dinero y muchos documentos. Un grueso sobre llamó especialmente mi atención.

Fui a tomarlo, pero, de pronto, sentí una indefinible sensación de peligro. Mirando con más cuidado, descubrí un finísimo cable que se perdía en la pared posterior de la caja.

Corté el cable. Así pude sacar el sobre y extraer de su interior la bomba térmica que lo hubiera destruido en el acto, de haber intentado tomarlo sin precaución.

El sobre tenía unos documentos muy interesantísimos, redactados en wawuriano y kairita. Resulta lógico suponer que una incursión de tal índole no se podía efectuar sin una cámara fotográfica adecuada.

Al terminar, coloqué el sobre en su sitio, con la bomba térmica. Enlacé el cable mediante un punto de soldadura y luego, con el mismo soplete, más un buen montón de limaduras de acero que había llevado a propósito, volví a fundir el trozo circular de metal separado de la caja con su pared correspondiente.

Una diminuta pulidora quitó las rebabas. Francamente, se notaba, pero no a primera vista. Si se ignoraba que la caja había sido forzada, costaría un poco descubrir los bordes del parche.

Ya sólo faltaba retroceder por el mismo camino, montando nuevamente las trampas. Al terminar, me sentí empapado en sudor.

— ¿Listo, Ray? —preguntó Aaryea.

— Sí, tesoro.

La abracé con fuerza. Era como una especie de desahogo, después de la enorme tensión a que había estado sometido durante tanto rato. Ella lo comprendió y, llena de dulzura, trató de calmar mis nervios.

Al cabo de unos minutos, me encontré mejor.

— Es hora de abandonar este lugar, Aaryea — dije.

— Sí, Ray.

Nos acercamos a la ventana. La calle estaba desierta.

— Tengo una duda —expresó ella de pronto.

— ¿Sí, tesoro?

— ¿Dónde nos vamos a esconder hasta el momento adecuado?

Sonreí.

— En el sitio más concurrido dentro de día y medio y donde, paradójicamente, no se les ocurrirá buscarnos en absoluto — contesté.

Capítulo XV

El salón del trono era una estancia enorme, fastuosa, pero no obra de mi amigo Ypshanor, a quien le gustaba la sencillez por encima de todo. El anterior rey-jefe de aquella parte del planeta se había preocupado más de sí mismo que de sus súbditos.

Pero ya que estaba construido, ¿por qué desaprovecharlo para la ceremonia de abdicación?

La vasta estancia, sostenida por una docena de gruesas columnas octogonales, de casi cuarenta metros de altura, estaba repleta de invitados. Naturalmente, abundaban los lujosos uniformes y las damas hermosas lucían orgullosas su escote.

Los soldados de la guardia permanecían inmóviles como estatuas. Había, sin embargo, un lugar vacío.

Era el reservado a los tsanianos, quienes, con su ausencia, mostraban claramente su desaprobación por acto el que iba a celebrarse. En cambio, sí estaba Uuh-Kin, el jefe de Jhiwadd, pero su representación era ínfima. Sin embargo, se consideraba como vencedor al saber que Ypshanor iba a dejar el trono, ya que siempre se había considerado enemigo suyo.

Ypshanor y su esposa avanzaron a lo largo del pasillo central, hacia el gran estrado levantado en la cabecera del salón. Behod/uz/Fronz, Tloo y algunos personajes más de notorio relieve, aguardan ya allí.

Detrás de Ypshanor y su mujer iba el heredero, Rhezanor. Sin duda, sus raptores habían juzgado conveniente sacarlo de su escondite. Habiendo cedido Ypshanor, ya no les interesaba continuar teniéndolo oculto.

Yo me sentía un poco fracasado, puesto que no había sabido dar con el paradero de Rhezanor. Pero confiaba en que todo terminase bien.

Rhezanor se situó entre sus progenitores, el padre a la derecha. Fronz se adelantó unos cuantos pasos y, con voz campanuda, en medio de un silencio absoluto, dijo:

— Hombres y mujeres de Wawur, de todas sus razas y tribus, amigos extranjeros, honorable representante del gran planeta Kairos X (¿por qué hacer esta distinción en favor de Do-Zu?, me pregunté yo), a todos vosotros me dirijo para haceros saber la voluntad de nuestro rey-jefe, el glorioso Ypshanor I.

«Y la voluntad y los deseos de nuestro rey-jefe son de que, sintiéndose cansado de las tareas de gobierno, ha decidido, por sí y ante vosotros, resignar su cargo en su muy amado hijo Rhezanor...

— ¡Mentira!

La voz tronó desde lo alto de la bóveda. Cientos de caras atónitas miraron instintivamente hacia arriba.

— Eso que has dicho no es cierto —continuó la voz, que era la mía, naturalmente— Ypshanor no pensaba abdicar ni abdicará por ahora, y cuando lo haga será de un modo auténticamente voluntario y no obligado bajo amenazas de muerte en la persona de su hijo. Ypshanor no abdicará, para que tú y tu pandilla de traidores entreguéis el planeta a los kairitas, mediante un pacto que ya ha sido acordado de antemano. ¡Ahí están las pruebas, fotografías de los textos de ese tratado, firmado por ti y por Do-Zur!

Un paquete cayó de lo alto, chocando contra el suelo a los pies de Ypshanor. Lanzando un chillido de rabia, Fronz quiso apoderarse de él, pero mi amigo lo rechazó de un fuerte empellón.

El embajador de Kairos X empezó a ver las cosas desfavorables y se esfumó discretamente. En el salón reinaba una confusión y un desconcierto indescriptibles.

— ¡Arriba, arriba, en las claraboyas de la bóveda! — chilló Tloo a sus soldados.

Algunos levantaron sus armas, pero una seca voz de Ypshanor los paralizó en el acto:

— ¡Quietos! ¡Es una orden real!

Hubo alguien, sin embargo, que no acató aquella orden. Un Uuh-Kin sacó una pistola de debajo de su lujoso manto de pieles, pero no apuntaba hacia arriba, sino al estrado.

El arma estaba encarada al cuerpo de mi amigo Ypshanor. Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, se oyó una vibrante nota musical.

Un relámpago plateado cruzó el aire. La potencia de la flecha era tal que atravesó sin dificultad el hueso craneal del tsaniano. Uuh-Kin se desplomó fulminado.

Tloo, despavorido, quiso escapar. Ypshanor lo agarró por el hombro izquierdo con una mano y, después de hacerlo girar, para encararlo hacia sí, le arreó un tremendo derechazo que lo dejó sin sentido instantáneamente.

Acto seguido, giró en busca del Voivoda Fronz, pero el traidor había desaparecido.

— ¡Ray! —gritó Aaryea—. ¡Fronz ha escapado!

Corrí hacia una de las ventanas laterales del desván superior. Desde allí, divisé a Fronz, que corría desalado en busca de un aeromóvil, aparato raramente usado en Wawur, salvo por personajes de importancia.

Para llegar al desván, en el que habíamos permanecido escondidos largas horas y desde el que había hablado, con la ayuda de un megáfono, habíamos empleado una cuerda de nudos. Todavía seguía en su sitio, aunque, naturalmente, oculta durante el día.

Lancé la cuerda al exterior. Había un saliente en la alargada ventana exterior del desván, lo que hacía que la soga quedara a un metro de la pared.

Una vez la cuerda fuera, yo me fui a una ventana situada varios metros de distancia. Me puse en pie en el antepecho, y luego, sin vacilar, me lancé al vacío.

Aaryea chilló despavorida. Si fallaba, era una caída desde más de cuarenta metros.

Pero no erré el tiro, sino que mis manos asieron la cuerda a diez metros del suelo. Debido al impulso que llevaba, la cuerda giró verticalmente, a modo de un péndulo, rectificando así mi trayectoria de caída.

Recorrí unos cuatro metros en curva casi paralela al suelo. Después me solté y continué mi vuelo.

Mis pies rozaron los hombros de Fronz cuando ya se disponía a entrar en el aeromóvil. El traidor rodó por tierra, lo mismo que yo.

Pero ambos nos levantamos casi al mismo tiempo. Fronz sacó un estilete telescópico, ya desplegado.

El hombre de los ojos color acero y yo nos enfrentamos por segunda vez.

— Usted me dijo que no viniese a Wawur, pero no le hice caso, Fronz — dije.

— Cometió una grave equivocación, doctor. Le enterrarán en Wawur — respondió Fronz.

— Me juzgó muy importante, Voivoda, tanto, que creyó necesario desplazarse a la Tierra, para impedir mi viaje. Su servicio de información era excelente, porque, incluso, logró averiguar que Ypshanor me había enviado un mensaje de llamada, aunque no logró interceptarlo. Y, por cierto, ¿cómo se le ocurrió aplicarse el título de Voivoda? Es una palabra terrestre, centroeuropea, por más señas, y significa conde o algo por el estilo...

—Donde hay seres humanos que hablan, las palabras, a veces, coinciden en su pronunciación y significado — contestó Fronz —. Pero eso no es relevante por ahora, doctor.

Y se tiró a fondo, pero yo salté a un lado y agarré su muñeca armada.

El hombre de los ojos color acero me miró con profunda expresión de odio. De pronto, pegué un seco tirón y el estilete pasó a mis manos.

Fronz lanzó una rugido de rabia. Su mano derecha estaba entumecida, pero con la izquierda pudo sacar una pistola. Yo no le dejé utilizarla.

El estilete se convirtió en un venablo, lanzado con indescriptible potencia. Le entró a cinco centímetros más arriba del cinturón y salió más de un palmo por su espalda.

* * *

— Unas fotografías muy comprometedoras para Kairos X —dijo Ypshanor, después de haber examinado los documentos que Aaryea y yo habíamos conseguido.

— Revelan el plan de Fronz y sus compinches — manifesté—. Los experimentos de Pealis estaban encaminados a estudiar las formas congénitas de inmunidad de los tsanianos, para conseguirlo artificialmente con los kairitas que se estableciesen en los pantanos. Sería una formidable avanzada de más de cien mil hombres, que iniciarían un vasto plan de desecación de la zona, en la que, más adelante, se hubieran podido establecer hasta cien millones de kairitas.

«Naturalmente, no es un plan realizable en un par de años, sino a largo plazo, pero necesitaban contar con alguien propicio a sus deseos. Además, sospecho que en los subsuelos de los Ríos Tsan debe de haber vastísimos yacimientos de minerales muy valiosos; tengo indicios de que ya se han realizado sondeos secretos en este sentido. Pero Kairos X tendrá que olvidarse de sus proyectos.

— Gracias a ti —sonrió Ypshanor.

— Bueno, ayudé a un hermano —contesté—. Tú hubieras hecho lo mismo conmigo, creo.

— No lo dudes, Ray. A propósito, ¿crees que resultaría interesante ese plan de desecación...?

— La región de los Ríos Tsan ocupa solamente una decimocuarta parte de la extensión del planeta. ¿Por qué desalojar a sus habitantes, si ellos viven felices allí? Quizá algún día emigren, pero déjalos que lo hagan por su voluntad. Para el número actual de habitantes de Wawur, hay sitio más que suficiente en el resto del planeta.

— Eso es cierto — convino Ypshanor —. Pero ¿cómo pensaban conseguir ellos la evacuación del territorio?

— Oh, una vez conseguida la fórmula de inmunización para los inmigrantes kairitas de la avanzada de trabajo, ya hubieran encontrado el medio de organizar una guerra de exterminio. Pretextos no les hubieran faltado, por supuesto.

— Sí, tienes razón. —Ypshanor miró a Aaryea, que estaba a mi lado—. Puedo hacer algo en tu obsequio?

— Sí, rey-jefe —contestó la muchacha vivamente—. Según la ley wawuriana, tú puedes autorizar un matrimonio. Cásanos a Ray y a mí, te lo ruego.

Ypshanor se echó a reír.

— Ray fue siempre un solterón empedernido —dijo—. ¿Has contado con su aquiescencia?

— Si es un caballero, no dejará de reparar mi honor ofendido —repuso Aaryea maliciosamente—. Al menos, eso se solía hacer antiguamente en la Tierra, creo.

— ¿Ray? —Mi amigo me miró, muy divertido.

— En la Tierra, en Wawur y en todas partes, las mujeres son siempre iguales —refunfuñé—. Pero, en fin, con alguna había de caer... y creo que ninguna como Aaryea.

La ceremonia fue breve y con asistencia de escasos invitados; Rheza, Rhezanor, la madre de Aaryea, naturalmente y Haraj. Sivya no quiso asistir y se comprende.

— Llévatela a la Tierra en viaje de novios —me aconsejó Ypshanor—. A ella le gustará conocer el planeta natal de su marido.

— No deja de ser una buena idea —aprobé—.

¿Qué dices tú Aaryea? —consulté a la que ya era mi flamante esposa.

— Estoy loca por emprender el viaje —contestó ella, con ojos muy brillantes.

Antes de marcharnos, entregué dos cosas a mi amigo: un pequeño detector y una llave.

— Con el detector encontrarás la U. A. R. La llave te permitirá entrar en ella y someterte a tratamiento. A menos que prefieras esperar treinta años — dije.

Ypshanor hizo saltar la llave en la palma de su mano.

— Me lo pensaré —contestó—. Gracias..., hermanos — se despidió de nosotros.

Y Aaryea y yo salimos de palacio y de esta historia, porque íbamos a empezar otra nueva, tan corriente y tan carente de interés, salvo para los protagonistas, claro está, que no merece la pena seguir con el relato. Lo que vaya a pasar de aquí en adelante, es cosa de nosotros dos solamente.

FIN